



1.-¿En qué hay que convertirse?

El tiempo de cuaresma es un momento en el que se nos invita especialmente a la conversión. La conversión es una realidad compleja, es decir, no es fácil concretar en qué consiste.

A veces los temas complejos necesitan de definiciones sencillas, por un lado, para dejar claro que son complejos; y por otro, para poder avanzar en su comprensión; algo así, como empezar poniéndolo fácil para después ir cargando los matices. Una definición sencilla sería: la conversión consiste en girar (dar un giro) a nuestra vida.

Y ahora los matices. Para poder girar es necesario un eje sobre el cual realizar el giro, de otro modo (lo más probable) es iniciar una serie de movimientos deslizantes que básicamente nos dejan peor de cómo estábamos. Es decir, no giramos, sino que nos vamos desparramando como plastilina, como una masa que no puede recuperar su forma y que abandona el movimiento para entrar en otro estadio cinético: la flotación; como una mancha de chapapote, que unas veces va a la deriva, y otras la lleva la marea. Y que cree que tiene vida propia porque se expande, pero donde no hay rumbo, ni horizonte. Aquí no hay conversión que valga, sino una desesperante disolución en el océano de la vida, el consumo, las neurosis y demás marejadas de nuestro tiempo global.

Afirmado que necesitamos un eje, esperar que éste no seamos nosotros mismos. Sin duda que es necesario un "yo" sano, armado, capaz de llorar ante lo sublime y de gozar de los placeres de la vida. Lo que siempre se ha entendido como una persona normal. Pero si el eje somos nosotros mismos entonces no hay giro, sólo contorsionismo (movimiento anómalo del cuerpo o de parte de él, que origina una actitud forzada y a veces grotesca, dice el diccionario de la Academia). Grotesco, ridículo, eso es lo que conseguimos cuando pretendemos cambiarnos a nosotros mismos. Actitudes forzadas, no interiorizadas, que terminan por desaparecer, o lo que es peor todavía, por enquistarse. Y entonces se convierten en un problema para nosotros, y para los demás. La santidad conseguida por nosotros mismos se convierte en un martirio para los que nos rodean.



Reflexiones Católicas.

La cuaresma nos recuerda que el eje es el Dios de Jesús. Y así, sí es posible girar, porque está fuera de nosotros. Y no es nuestro empeño el que nos cambia, sino su llamada la que nos conmueve, y nos hace virar nuestro rumbo. No son nuestros méritos, sino la confianza que genera su presencia, lo que puede hacer que nos convirtamos. En esta cuaresma hay invitaciones imperiosas para girarnos. En primer lugar, de nuestro narcisismo agotador. Dios nos llama a escuchar los gemidos de un mundo sufriente para que nos volvamos y nos detengamos: a auxiliar, a compartir. Se nos invita, también, a girarnos hacia el silencio: sobran palabras, mensajes, correos electrónicos, voces... nos llama al desierto. Para encontrarse con nosotros cara a cara. Se nos invita, una vez más, a girar del consumo, no para ahorrar, sino para generar misericordia. No para gastar con prudencia, sino para compartir, para dar, para vaciarnos.

Se nos invita, también, a girar de la sospecha a la confianza. No podemos ver fantasmas por todas partes, sólo lo negativo, siempre segundas intenciones. Jesús camina sobre las aguas, y no es un fantasma, para recordarnos que la creación está preñada de su presencia. El reino de Dios está entre nosotros, y no podemos reconocerlo si no lo miramos con los mismos ojos de confianza y misericordia de Dios.

2.-HACIA LA CASA DEL PADRE: CUARESMA Y SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

INTRODUCCIÓN

Nosotros actuamos como enviados de Cristo y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios.

*Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a Él, recibamos la justificación de Dios.
(2 Cor 5, 20-21)*

1. El tiempo de Cuaresma, tiempo de gracia y salvación, me brinda la oportunidad de dirigirme a la Iglesia diocesana y convocarla una vez más a la conversión del corazón. Lo hago con las palabras de san Pablo a los cristianos de Corinto que encabezan esta carta y que, proclamadas el Miércoles de Ceniza, proponen el anuncio gozoso de la reconciliación que el Padre nos ofrece en su Hijo Jesucristo. También yo os pido, fieles cristianos de Madrid, que os dejéis reconciliar con



Reflexiones Católicas.

Dios para que recibáis así la justicia que Cristo nos mereció en su Misterio Pascual y gracias a la cual somos criaturas nuevas.

Dejaos reconciliar con Dios

Os invito pues a fijar vuestra mirada en el Padre de toda misericordia, el Dios rico en piedad y compasión, cuyas entrañas se conmueven cuando cualquiera de sus hijos, alejado por el pecado, retorna a Él y confiesa su culpa. ¡Mirad al Padre que nos bendijo en Cristo con el perdón de los pecados! ¡Mirad a quien es la fuente inagotable de la misericordia y que, a través de la Iglesia, nos suplica el retorno a Él! ¡Dejaos reconciliar con Dios! El abrazo que el Padre dispensa a quien, habiéndose arrepentido, va a su encuentro, será la justa recompensa por el humilde reconocimiento de las culpas propias y ajenas, que se funda en el profundo vínculo que une entre sí a todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo.

Dios ama al hombre

2. Cerca ya del año 2000, año del gran Jubileo del Nacimiento de Cristo, el año 1999 se nos presenta como una peregrinación hacia la casa del Padre del cual se descubre cada día su amor incondicional por toda criatura humana, y en particular por el 'hijo pródigo'. Para descubrir el amor de Dios y experimentarlo en nuestra vida, el Papa Juan Pablo II nos propone como camino eficaz de conversión durante este año de 1999 el redescubrimiento y la intensa celebración del sacramento de la penitencia en su significado más profundo. Retornar al Padre es dejarse reconciliar por Él a través del ministerio que ha recibido la Iglesia y que sus ministros realizan como embajadores de Cristo y administradores del perdón. En el nombre de Cristo os pedimos que os reconcilies con Dios.

Esta llamada a la conversión y reconciliación halla su genuino contexto teológico en la revelación de que Dios es amor. Éste es el anuncio básico y prioritario de la Iglesia. Dios ama al hombre. Por amor lo creó. Por amor, después de que hubiese pecado y aun siendo pecador, envió su Hijo Jesucristo en la plenitud de los tiempos; por amor, nos lo entregó en la cruz y lo hizo para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención, Por amor, Dios nos llama cada día a vivir en Cristo nuestra nueva condición de santos e inmaculados en el amor de forma que seamos testigos de su amor en medio del mundo. La conversión a la que nos invita la Iglesia, en efecto, pretende que cada cristiano retorne a Dios y viva la caridad en su doble vertiente de amor a Dios y a los hombres, síntesis



Reflexiones Católicas.

perfecta de la vida moral del bautizado. Durante la Cuaresma, la invitación a volver a Dios es inseparable de la llamada a vivir las exigencias de caridad con el prójimo practicando la limosna y la acogida de los pobres y necesitados en los que Cristo nos recuerda su presencia crucificada.

3. Os exhorto, pues, a caminar hacia el Padre redescubriendo el sacramento de la penitencia y practicando la caridad. Ambas metas constituyen objetivos prioritarios de nuestro Plan Diocesano de Pastoral para este año de 1999. Cuidar la pastoral del sacramento de la penitencia redundará sin duda en favor de tantos hermanos nuestros que viven marginados en nuestra sociedad, marcados por la pobreza, la injusticia, el abandono, la enfermedad. Y, al mismo tiempo, vivir las exigencias de la comunión eclesial con los excluidos de los bienes materiales y sociales nos devolverá a las fuentes del perdón y de la reconciliación, para confesar nuestros pecados y alcanzar la gracia sin la que no podemos vivir como testigos del amor de Dios.

Penitencia y caridad

No es la primera vez que me dirijo a vosotros para exhortaros a la conversión. En la Cuaresma de 1996 os dirigí una carta titulada *Convertíos y creed en el evangelio*, en la que impulsaba el Plan Diocesano de Pastoral desde la conversión sin la que ninguna tarea en la Iglesia puede ser plenamente eficaz. Os animaba entonces a un examen de conciencia diocesano que, a la luz de la misericordia divina, hiciera posible el reconocimiento sincero y completo de nuestros pecados, preparándonos así a la celebración del gran Jubileo. Quiero ahora volver al tema de la conversión desde la perspectiva del sacramento de la penitencia, cuya gozosa celebración constituye el ámbito propio donde el hombre recibe el abrazo del Padre y se descubre a sí mismo como necesitado de la gracia y de la salvación de Cristo.

Declive del sacramento de la confesión

4. No se puede ocultar el declive de la práctica de este sacramento, que, por diversas razones, llega a ser un don del que muchos cristianos no se benefician e, incluso, ignoran. Nuestra preocupación, compartida por sacerdotes y fieles de la comunidad diocesana, es grande, porque este declive no puede por menos de ser interpretado como una enorme pérdida para la Iglesia y la sociedad. Como toda pérdida de un elemento constitutivo de la vida cristiana, las



consecuencias son muy negativas. Van desde la privación del perdón de Dios hasta la deformación de la conciencia cristiana; desde la pérdida del sentido de la redención de Cristo hasta la tibieza espiritual, causa de la atonía apostólica y de la mediocridad en la que se instalan tantos cristianos; desde la falta de vigor de muchas comunidades cristianas hasta el debilitamiento de las exigencias que brotan de una aspiración constante a la santidad en el seguimiento de Cristo.

La palabra de Cristo y de su Iglesia nos invitan a pedir perdón por nuestros pecados, a renovar nuestra vida recibiendo de Dios la misericordia que nos recrea y a peregrinar hacia el Padre desde la humilde confesión del hijo pródigo: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. Estoy firmemente convencido de que si cada cristiano, iluminado por Dios, reaviva en su corazón la conciencia de su pecado, y se levanta presto al encuentro del Padre, toda la Iglesia y el mundo se renovarán al beneficiarse de la misma gracia con que Dios perdona y regenera a quien se vuelve a El movido por el amor y el arrepentimiento. No debemos olvidar, a este respecto, las llamadas que el Papa Juan Pablo II y los obispos españoles hemos hecho en orden a renovar y revitalizar en la Iglesia el sacramento del perdón. La exhortación postsinodal de Juan Pablo II *Reconcíliate et Penitenta* y el documento de la Conferencia Episcopal Española *Dejaos reconciliar con Dios* gozan de enorme actualidad y, con el paso del tiempo, alcanzan mayor valor si cabe, ya que son testigos de la palabra profética de la Iglesia que vela siempre para que los dones de la redención de Cristo lleguen a todos los hombres.

I

EL DON DEL PERDÓN OTORGADO A LOS PECADORES

La experiencia de la redención de Cristo

5. No es difícil descubrir la razón por la que el deterioro creciente que afecta a la estima y celebración del sacramento de la penitencia supone un golpe de muerte a la vida cristiana en cuanto vida en Cristo. Alguien que no haya experimentado el perdón de los pecados no podrá invocar a Cristo como Redentor. La experiencia de la redención de Cristo, como liberación del pecado que conduce a la muerte, es inseparable de la experiencia eclesial en la que el pecador escucha las palabras consoladoras de Cristo a través de su ministro:



Reflexiones Católicas.

"Yo te absuelvo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espirita Santo". Vivir en Cristo, bajo la fuerza del Espirita, es vivir en el ámbito de la gracia misericordiosa del perdón. En Cristo, y solo en El, obtenemos la redención, el perdón de los pecados.

Si nos atenemos a los datos de la vida y del ministerio de Cristo que contienen los evangelios, observamos que el Evangelio de Cristo es esencialmente la proclamación del perdón que Dios otorga al hombre pecador. Desde el anuncio de su Encarnación, la obra de Cristo es presentada como salvar a su pueblo de sus pecados. Eso significa el nombre Jesús. Cuando Jesús, el Hijo de Dios, retorne al Padre, lo hará, habiendo realizado la purificación de los pecados. Su ministerio como Hijo de Dios, Siervo de Iahvé y Sumo Sacerdote, tiene como finalidad expiar los pecados de los hombres de una vez por todas, de modo que los hombres tengan libre y definitivo acceso a Dios, sin otra mediación que la del Cuerpo y Sangre de Cristo entregados a favor de los hombres. La eucaristía, en efecto, es el sacrificio con el que Cristo consuma su obra para perdón de los pecados.

Las parábolas de la misericordia

6. Si toda la obra de Cristo tiende a otorgar el perdón de los pecados, se comprende que tanto el núcleo de la predicación de Jesús como muchos de sus gestos salvíficos vayan dirigidos a revelarnos la misericordia de Dios con el hombre pecador. Las parábolas de la misericordia, reunidas cuidadosamente por san Lucas en su evangelio, ofrecen el rostro de Dios misericordioso que busca al pecador, y lo reconcilia con El, restaurándole en la dignidad perdida de hijo de Dios. El gozo de Dios por un solo pecador que se convierte manifiesta el valor que tiene un solo hombre a los ojos de Dios, por el hecho de haber sido creado a su imagen y semejanza, y, más aún, por haber sido comprado con la sangre preciosa del Cordero sin mancha, Jesucristo.

En estas parábolas, Jesucristo no sólo nos revela a Dios, sino que se revela a sí mismo como Aquel que ha venido a hacer eficaz el perdón de Dios. Como dice el mismo san Lucas, con las parábolas de la misericordia, Jesús responde a quienes murmuraban de él por acoger a los pecadores y comer con ellos. Es sabido, en efecto, que uno de los gestos de Cristo que suscitó mayor crítica y oposición entre los líderes religiosos de Israel fue la comunión de mesa con publicanos y pecadores. Este gesto profético manifestaba, en la vida de Jesús, su firme voluntad de anunciar que en su persona Dios se acercaba y acogía a quienes, por sus pecados o por una vida considerada al



Reflexiones Católicas.

margen de la ley, se sentían excluidos del Reino de Dios. Con su actitud acogedora, Jesús les anuncia también a ellos la salvación, y sentándose en la mesa de su miseria, les hace partícipes del don que anuncia y realiza la mesa del Reino: el perdón de los pecados. La historia de Zaqueo y de la pecadora arrepentida son dos testimonios bellísimos de la Buena Nueva que constituye el Evangelio de Cristo. Se explica, por tanto, que Cristo se defiende de las murmuraciones y justifique su actitud frente a quienes no querían entender su actitud misericordiosa.

El poder de perdonar los pecados

7. Jesús no sólo proclama el perdón, sino que lo concede con plena autoridad. Lo que enseña de palabra lo cumple con sus obras y lo ratifica con sus milagros. El perdón concedido a la mujer adúltera y al paralítico manifiesta la clara conciencia de Cristo acerca de su poder de perdonar los pecados. En el relato del paralítico queda patente la autoridad de Cristo, que respalda su poder de perdonar con un milagro, desvaneciendo así toda duda sobre sus pretensiones divinas. Así lo entendieron quienes, cerrados a la fe, lo acusan de blasfemo. Distinta, por creyente, fue la actitud del buen ladrón que, al final de su vida, confesó humildemente su fe en Cristo. Esta confesión le valió el perdón de los pecados y la entrada en el Paraíso.

La victoria definitiva sobre el pecado, que tiene lugar en la muerte y resurrección de Cristo, se desvela plenamente el mismo día de la Pascua, cuando el Señor resucitado, convertido ya en espíritu vivificante, sopla sobre sus apóstoles y les da su propio Espíritu con la capacidad de perdonar los pecados de los hombres: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos. Una nueva creación despunta en esos momentos en que la gracia de la redención pasa de Cristo Resucitado a quienes, en su nombre, deberán administrarla. Las promesas de los profetas se cumplen y la alianza nueva y eterna, sellada con la sangre de Cristo, se instaura en el corazón de quien se une a El por la fe y por la gracia. ¡Qué bien se comprenden ahora las palabras de san Mateo al final de la escena del paralítico perdonado: la gente temió y glorificó a Dios, que había dado tal poder a los hombres!

El poder comunicado a los apóstoles

8. La Pascua, en efecto, es el gran día para glorificar a Dios: resucitando a su Hijo, nos ofrece el don de su Humanidad llena de



Reflexiones Católicas.

vida gloriosa, en la que el admirable intercambio producido en la Encarnación muestra las consecuencias salvíficas para todo el género humano. El Hijo de Dios, que asumió la naturaleza humana, nos revela hasta qué punto esa naturaleza se convierte en instrumento de santificación para nosotros. Su soplo sobre los apóstoles es el signo de la comunicación del Espíritu, la prueba de que mantiene con los hombres una relación personal y única, capaz de transmitirlos las gracias que ha obtenido por la Redención. El soplo de Cristo, signo del Espíritu que da a la Iglesia, comunica a los apóstoles su propio poder de perdonar los pecados.

Gracias a este soplo del Resucitado, el Espíritu de Cristo se comunica a la Iglesia y descansa en ella para garantizar y hacer eficaz la gracia de la Redención. Según Jesús, el Espíritu viene a convencer al mundo en lo referente al pecado, que consiste en el rechazo de Jesús y en todos los pecados que cometen los hombres y han costado la vida al Hijo de Dios. La expresión "convencer al mundo en lo referente al pecado", dice Juan Pablo II, debe recibir el alcance más amplio posible, porque comprende el conjunto de los pecados de la historia de la humanidad. La universalidad de la redención de Cristo abre el camino a una comprensión en la que cada pecado, realizado en cualquier lugar y momento, hace referencia a la cruz de Cristo y, por tanto, indirectamente también al pecado de quienes 'no han creído en él', condenando a Jesucristo a la muerte de cruz.

El drama del pecado y el don de la esperanza

9. La misión del Espíritu, que se derrama en la Iglesia el día de Pentecostés, y que constituye el fruto inmediato del Misterio Pascual de Jesucristo, es llevar al hombre a la comprensión del drama del pecado en toda su magnitud: como rechazo del Hijo de Dios y como rechazo del amor de Dios manifestado en Cristo. Sólo aceptando este drama, el hombre puede abrirse a la esperanza que supone la muerte de Cristo a favor de los pecadores. Se trata de la esperanza de la salvación acontecido en Cristo, en cuyo nombre se nos concede la conversión y el perdón de los pecados. El hombre que, cerrado en sí mismo, puede desesperarse al experimentar su propia incapacidad de vencer el mal que existe en sí, encuentra en Cristo la respuesta a su propio drama personal. A la pregunta existencial, que nace de la dolorosa experiencia por la que constata su propio pecado, y que san Pablo formula de la siguiente manera: ¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?, el hombre de fe puede responder con el apóstol: ¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor!



Reflexiones Católicas.

La experiencia de la Redención consiste sencillamente en esta liberación del pecado, que lleva al pecador a la gratitud por el don recibido en Cristo. Cristo se revela al pecador como Aquel que le salva de sí mismo, de sus pecados y de su inclinación al mal. Gracias a la acción del Espíritu, que revela al hombre la herida del pecado, Cristo se muestra como Redentor del hombre, acogiéndole con sus propios pecados y restaurándole en la gracia perdida. La predicación de la Iglesia el mismo día de Pentecostés se centra en el anuncio gozoso del perdón que Cristo otorga a quienes se convierten a Él: Convertíos, dice Pedro, y que cada uno se haga bautizar en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados. Bautizarse en el nombre de Jesús quiere decir sumergirse en su pasión salvadora, morir y resucitar con él, entrar por la puerta de su costado abierto y llegar al corazón mismo del Padre misericordioso. Allí el hombre recupera su condición de hijo de Dios, amado sobremanera, y se descubre a sí mismo como salvado, redimido por Cristo. El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo... debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo.

Esta salida del hombre en dirección a Cristo, para confiar en él su propia miseria, constituye ya un acto de fe en su poder redentor. Es la fe de quien reconoce que Cristo acoge y no rechaza; perdona y no condena; sana sin abrir más la herida. La fe de quien descubre en él al buen pastor que busca la oveja perdida y el buen samaritano que carga con el herido, venda sus llagas y lo introduce en el descanso del Padre. De ahí que sea tan importante, en la acción pastoral de la Iglesia, disponer al hombre a este encuentro con Dios; al hombre que, consciente de su pecado, mira a su alrededor y no encuentra la respuesta misericordiosa que espera para su situación caída.

Una cultura inmisericorde

10. La cultura de hoy es, ciertamente, inmisericorde en un doble sentido. Porque excusa lo inexcusable y porque no ofrece salvación al que peca. Ante el pecado, una determinada corriente cultural busca mil excusas para no llamarlo por su nombre. La palabra pecado desaparece progresivamente del lenguaje cotidiano, como si diera miedo a enfrentarse con la libertad del hombre y la responsabilidad que fundamenta el carácter moral de sus actos. Se recurre fácilmente a explicaciones psicológicas, sociales y hasta económicas, como configuradoras del comportamiento humano antes que confesar sencillamente: soy pecador, he pecado contra Dios y contra mis hermanos; he sido libre en lo que he hecho; me he dejado llevar del



Reflexiones Católicas.

mal que habita en mí. Ocultar el pecado, excusarlo como si el hombre no tuviera libertad para decidir sobre el bien y sobre el mal, justificarlo como una consecuencia de fuerzas ciegas y ocultas que nada tienen que ver con la libertad del hombre, es no tener misericordia con el hombre. Supone dejar al hombre al margen de su propia verdad y decisión moral; darle sin respuesta a las preguntas que inevitablemente surgen en su corazón: ¿por qué he actuado así?, ¿por qué no hice el bien?, ¿cuál es la verdad de mi vida?

Por otro camino se es inmisericorde con el hombre en el mundo actual. Es el camino del rechazo del pecador, de la condena farisaica de quienes, después de conducir al hombre hacia el mal, lo abandonan a su suerte sin echarle una mano. No somos plenamente conscientes del escándalo farisaico que provocan muchos comportamientos sociales, que, sin embargo, vienen promovidos al derivarse de los paradigmas, ejemplos y modelos de lo que con frecuencia se llama progreso, avance o modernidad. Si fuéramos conscientes de esta contradicción nos avergonzarían las propuestas que se hacen a las nuevas generaciones que implican la negación de los valores de una conducta verdaderamente humana y la exaltación de lo que destruye y aniquila al hombre. ¡Cuántas veces lo que se propugna conduce a la muerte! Los jóvenes, especialmente, son víctimas de esta terrible manipulación que recuerda aquellas palabras de Jesús: ¡Ay del mundo por los escándalos! Es forzoso, ciertamente, que vengan escándalos, pero ¡ay de aquel hombre por quien el escándalo viene!; o aquellas otras: Son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo.

Abdicar de la condición humana

11. Los esquemas y modelos existenciales que se proponen a las nuevas generaciones sobre el amor humano y la afectividad; sobre el modo de realizarse en la sexualidad y la vida en pareja al margen y en contra del matrimonio; sobre el uso de la propia libertad carente de normas y principios éticos reguladores del comportamiento y, en general, sobre una vida en la que el criterio último de discernimiento es el hedonista del "sentirse bien", "estar a gusto consigo mismo", o "hacer con su cuerpo lo que uno quiera", conducen al hombre a abdicar de su condición humana, presidida por la razón ética y moral, y sometida a la verdad última y objetiva que Dios ha inscrito en el corazón del hombre.

Este concepto inmoral de la propia libertad, separado de toda referencia al orden objetivo de los valores, que ya propugna la razón,



Reflexiones Católicas.

lleva a muchas víctimas del mismo al fracaso y a la ruina de su vida. Cuando caen hechos pedazos, o se aíslan en su propio drama, ¿quién los recoge?; ¿quién se culpa de su responsabilidad en este drama?; ¿quién puede reconciliar consigo mismos a quienes han perdido la confianza en sí y en quienes les han alentado en su camino? ¡Qué trágico es ver la exhibición que se hace en ocasiones en los medios de comunicación social de estas pobres personas con sus existencias rotas, como si se tratase de un espectáculo que distrae a quienes lo promueven, pero que a la postre juzga a la sociedad que los produce! ¡Qué fácil resulta entonces condenar sin que nadie asuma responsablemente su propia culpa!

Libertad y responsabilidad

12. Hablar de pecado es hablar de libertad y responsabilidad ante Dios y ante los hombres. Es hablar de la alienación de sí mismo, al apartarse de la verdad de su ser creado y de su vocación trascendente. Por eso, ocultar al hombre su pecado es una grave injusticia contra su propio ser y su verdadero destino: significa privarle de la conciencia de su carácter de creatura finita, capaz de ruptura con su creador -de mal moral- y privarle, por tanto, de su capacidad de reacción contra el abuso de su libertad; privarle, sobre todo, de la posibilidad efectiva de la experiencia de su conversión y vuelta a Dios. No es nada extraño que la predicación de los profetas y la del mismo Jesús ostente en sus notas distintivas la de enfrentar al hombre con la realidad de su propio pecado, no para condenarlo, sino para provocar la respuesta profundamente humana hacia la conversión, en la que el hombre se acepta a sí mismo en el ámbito de la misericordia divina.

Esta llamada de Cristo a la conversión no oculta ningún dato sobre la gravedad del pecado y el riesgo que el hombre tiene de perder la salvación eterna, si no se vuelve a Dios y acepta su ley; no oculta, ciertamente, la transcendencia que todo acto humano tiene en la presencia de Dios y que sitúa al hombre ante la decisión de optar por la vida o por la muerte. La predicación de Jesús alcanza, en este sentido, niveles de especial dramatismo que revelan el juicio de Dios ante la posibilidad de entrar o no entrar en el Reino de los cielos. Difícilmente pueden olvidarse palabras como éstas: Si tu mano te es ocasión de pecado, córtatela. Más vale que entres manco en la Vida que con las dos manos ir a la gehenna, al fuego que no se apaga. Y si tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo. Más vale que entres cojo en la Vida que, con los dos pies, ser arrojado en la gehenna. Y si tu ojo



Reflexiones Católicas.

te es ocasión de pecado, sácatelo. Más vale que entres con un ojo en el Reino de Dios que, con los dos ojos, ser arrojado a la gehenna .

La fuerza de estas palabras reside en el valor que Cristo da a entrar en el Reino de Dios, que es la Vida. Si acentúa la importancia de la decisión del hombre de cara a sí mismo es en razón de su destino eterno. Como los profetas del Antiguo Testamento, Jesús no duda en utilizar imágenes que conmuevan al hombre en su ser íntimo, pues se trata de exhortarle a optar por la Vida que no tiene fin. El pecado, por tanto, es presentado como la gran amenaza que pone en peligro el destino eterno de salvación. Con su predicación, Jesús llama al hombre a decidirse luchando contra el pecado que arriesga su salvación más allá de la muerte. Por una parte, le asegura que Dios es el Padre que perdona los pecados y busca al pecador; y por otra, le urge a tomar partido en el drama de salvarse a sí mismo, perdiendo para ello si fuera posible el mundo entero y hasta la propia vida. En ese drama, el hombre no está sólo, pues ha recibido el poder del Espíritu que le sostiene en la lucha y le asegura el triunfo definitivo sobre el pecado y la muerte.

II

LA CELEBRACIÓN DE LA MISERICORDIA

El segundo bautismo

13. El gozo de Dios por cada pecador que se convierte se celebra en la Iglesia, si se trata de un no cristiano, con el sacramento del bautismo y, si se trata de un cristiano, con la novedad de otro sacramento instituido por Cristo: el de la reconciliación y penitencia. Con estos nombres se expresa la acción de Dios y del pecador: Dios reconcilia al pecador estableciéndole de nuevo en su amistad y el pecador se arrepiente y realiza obras en las que muestra la autenticidad de su conversión. La importancia de este sacramento ha sido puesta de relieve en la Iglesia, equiparándolo al bautismo pues devuelve al pecador la inocencia de la gracia bautismal. Así, san Ambrosio habla del agua del bautismo y de las lágrimas de la penitencia, y los Santos Padres se refieren a él como bautismo laborioso o la segunda tabla (de salvación) después del naufragio que es la pérdida de la gracia.

Recuperar la gracia perdida, volver a la amistad con Dios, restablecer la alianza y hallar de nuevo la paz es, sin duda, el mayor motivo de esperanza que la fe cristiana nos presenta después del bautismo. Las



Reflexiones Católicas.

imágenes que utiliza Jesús para revelarnos la grandeza del perdón de Dios son imágenes de fiesta en torno a un banquete donde la alegría es la nota distintiva. La Iglesia, por tanto, celebra gozosamente el retorno del pecador al Padre con la conciencia clara de que la salvación de Dios entra en la casa de cada pecador arrepentido.

La grandeza de este don de Dios, que renueva el misterio de la Redención en cada bautizado, justifica sobradamente el hecho de que la Iglesia vele por que nunca falte al pecador la gracia de la reconciliación y que se celebre con la profundidad que requiere. Está en juego el destino eterno del hombre y la gratuidad con que Dios ofrece a cada pecador el fruto de la Redención de Cristo. Desde sus orígenes, la Iglesia tiene clara conciencia de ser el lugar donde acontece y se muestra la misericordia de Dios. Por ello, protege el sagrado derecho del pecador a retornar, movido por un incoercible deseo de liberación del pecado, a la casa paterna. En ese momento misterioso de la gracia, el pecador debe encontrar siempre a la Madre Iglesia dispuesta a acoger, perdonar e integrar en su seno al hijo pródigo.

Penitencia y reconciliación

14. La Pastoral de la penitencia y de la reconciliación, que el Sínodo de 1983 quiso promover, encuentra su justa definición en las palabras de Juan Pablo II: Suscitar en el corazón del hombre la conversión y la penitencia y ofrecerle el don de la reconciliación es la misión connatural de la Iglesia, continuadora de la obra redentora de su divino Fundador. Esta es una misión que no acaba en meras afirmaciones teóricas o en la propuesta de un ideal ético que no esté acompañado de energías operativas, sino que tiende a expresarse en precisas funciones ministeriales en orden a una práctica concreta de la penitencia y la reconciliación. Esta oportuna observación del Papa pone el dedo en la llaga de la crisis actual del sacramento. Con mucha frecuencia, pastores y fieles nos quedamos en afirmaciones teóricas sobre la reconciliación o en propuestas de ideales éticos, presentados como utópicos, inalcanzables al mismo hombre, y olvidamos que la Iglesia tiene un ministerio, llamado de reconciliación, gracias al cual el hombre recibe la energía para obrar el bien y hacer eficaz la conversión y la penitencia. Por este ministerio el hombre recupera la confianza en la gracia de Dios, que es más poderosa que la ruina ocasionada por el pecado.

La Iglesia, al realizar este ministerio, invita al hombre a acercarse a Cristo Redentor con la certeza de que en Él hallará el perdón de toda



Reflexiones Católicas.

culpa. El sacramento de la reconciliación es el lugar donde el pecador puede, siempre de nuevo, con todo su ser, 'apropiarse' y asimilar toda la realidad de la Encarnación y Redención para encontrarse a sí mismo. Si se actúa en él este hondo proceso, entonces él da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo. ¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha 'merecido tener tan grande Redentori.

Los actos del penitente

15. Este hondo proceso, a través del cual el hombre se acerca a Cristo con su debilidad y pecaminosidad, está compuesto por una serie de actos del penitente, de diversa importancia, pero indispensable cada uno o para la validez e integridad del signo, o para que éste sea fructuoso. Estos actos tienen su origen en la gracia de Dios, que llama a la conversión, y que arrastra al pecador con la fuerza del arrepentimiento, o compunción del corazón, hasta la confesión humilde, íntegra y total de sus pecados, con el vivo y ardiente deseo de no volver a pecar sostenido por la confianza en el poder de Dios. En la parábola del hijo pródigo, el mismo Cristo nos ha descrito de modo magistral este itinerario que levanta al hombre de su condición pecadora y le impulsa hasta el Padre que le abraza y le devuelve la dignidad perdida. En este itinerario, el pecador examina su conciencia a la luz de su dignidad de hijo de Dios, que le da la medida de su pecado. El Padre bueno está en el horizonte de su mirada, como norma de su perfección y santidad, y, por tanto, como Aquel que le recuerda el amor para el que ha sido creado.

Examen de conciencia

16. El examen de conciencia no es el análisis introspectivo, meramente psicológico, de quien, centrado en sí mismo, busca descubrir los resortes y mecanismos de su conducta para llegar a un conocimiento personal que le satisfaga plenamente y le justifique ante sí mismo. El examen de conciencia, que propone la Iglesia, parte de la revelación de lo que somos ante Dios -¡hijos muy amados!- y de la constatación de nuestra Infidelidad a la alianza con Dios, quebrantada por nuestros pecados. Es un examen hecho a la luz de la verdad de la Palabra de Dios en la que hayamos los mandamientos como expresión de su plan salvador sobre nosotros. Guardar la Palabra y los mandamientos de Cristo es la condición necesaria para permanecer en su amor.

Dolor de los pecados



Reflexiones Católicas.

17. Es justamente la conciencia de no permanecer en Dios y de no amarle por encima de todas las cosas, al quebrantar cualquiera de sus mandamientos, lo que provoca en el corazón del pecador ese movimiento interno de afectos que llamamos contrición, arrepentimiento o dolor de corazón. Es un sentimiento noble, nada insano, profundamente filial y generoso que nos impulsa hacia el Padre para manifestarle que hemos pecado contra él. Cuánto más intenso, auténtico y puro sea este afecto, más prontitud tendrá el pecador para acudir al Padre y más crecerá el aborrecimiento del pecado que le alejó de él. La verdadera contrición purifica al pecador, le consuela y le devuelve la confianza en el amor de Dios, y acrecienta en él el deseo de no ofenderle nunca más. Es preciso desear esta gracia y suplicarla constantemente como el don que nos confirma en la fidelidad a Dios. Quien la posee llegará a entender lo que dice san Juan: Todo el que permanece en El, no peca. Quien ama a Dios de esta manera recibe la gracia de no apartarse de él.

Confesión sencilla y humilde

18. Esta salida de la situación de pecado en busca del abrazo del Padre culmina en la confesión sencilla, humilde y sincera de los pecados cometidos. Es el acto propio de la confesión en el que, movido por el dolor de haber ofendido a Dios o por el más imperfecto causado por el temor del castigo eterno, el pecador abre su conciencia a la Iglesia, en la persona del sacerdote, y se acusa de los pecados que le causaron la pérdida de la amistad con Dios, o debilitaron la vida de la gracia. Este acto de profunda humildad es el signo del encuentro del pecador con la mediación eclesial en la persona del ministro; signo del propio reconocerse ante Dios y ante la Iglesia como pecador, del comprenderse a sí mismo bajo la mirada de Dios..., gesto de entrega de sí mismo, por encima del pecado, a la misericordia que perdona. Un gesto así complace a Dios en extremo pues le ofrece el corazón contrito y humillado, verdadero sacrificio de expiación.

Esta confesión, que nace del amor a Dios, no escamotea la culpa, ni busca justificarse ante Dios que conoce la verdad de cada vida. Tampoco escudriña en su conciencia escrupulosamente como si la gracia de Dios dependiera de la minuciosidad con que se formulan los pecados. El pecador, consciente de su enfermedad y dolencia, se sitúa en la verdad de su vida, abre su conciencia, en el secreto inviolable de la confesión, sin ocultar ninguna circunstancia que agrave su estado, ni el número de los pecados cometidos, de forma que pueda ser sanado, confortado y absuelto tal como se halle en la



Reflexiones Católicas.

presencia de Dios. De la sinceridad de su acusación dependerá en gran medida la eficacia curativa del sacramento. Como el enfermo ante el médico, el pecador arrepentido se muestra con sinceridad ante el sacerdote que hace el papel de médico, que debe conocer el estado del enfermo para ayudarlo y curarlo.

Respuesta de Dios: La vida nueva de la reconciliación

19. La respuesta de Dios a este acto de humildad es la reconciliación concedida en virtud de la muerte y resurrección de Cristo. Mediante la absolución del sacerdote, otorgada individualmente después de haber acogido y escuchado tranquilamente al pecador, la Santísima Trinidad se hace presente para borrar su pecado y devolverle la inocencia. La misericordia triunfa sobre la culpa y la ofensa; y la gracia regenera al pecador restableciendo la amistad con Dios. Tras la muerte espiritual que causa el pecado mortal, el perdón opera una resurrección a la vida que celebra el sacramento, en la fe que nos da la certeza de ser reconciliados con Dios. ¡Qué bien se comprende entonces el júbilo de la salvación que expresa san Anselmo de Canterbury en su meditación sobre la redención del hombre!: Oh alma cristiana, alma resucitada de una muerte cruel, alma redimida y liberada por la sangre de Cristo de una mísera esclavitud: aviva tu mente, recuerda tu renacimiento, reflexiona en tu redención y liberación. Reconsidera en qué consiste y cuál es la fuerza que te ha salvado... saborea la bondad de tu Redentor, inflámate de amor por tu Salvador... ¿Dónde está y cuál es la virtud y fortaleza de tu salvación? Ciertamente es Cristo quien te ha resucitado, aquel buen samaritano te ha curado, aquel amigo bueno te ha redimido y liberado mediante su alma. Cristo, quiero decir. La fuerza que te ha salvado es la fuerza de Cristo.

La gratitud del penitente

20. La gratitud a Cristo por la salvación recibida de él se convierte no sólo en un firme propósito de no pecar sino en un deseo, que responde a una necesidad inscrita en el ser mismo de la persona, de reparar el mal hecho mediante obras de penitencia. La gracia del perdón no puede pagarse con nada. Es obra divina de la que nos hacemos deudores a lo largo de toda nuestra vida. Podemos y debemos, sin embargo, reparar nuestros pecados mediante actos de justicia y santidad que curen el desorden que el pecado deja en nuestro ser y orienten nuestra vida hacia el auténtico servicio de Dios y de los hombres. A la penitencia que el sacerdote impone como signo de la conversión que exige el sacramento, debe acompañar el



Reflexiones Católicas.

ejercicio de la virtud de la penitencia que ayuda al cristiano convertido a seguir unido al misterio de la pasión de Cristo. Forma parte de La grandeza del amor de Cristo -dice Juan Pablo II- no dejamos en la condición de destinatarios pasivos, sino incluirnos en su acción salvífica y, en particular, en su pasión. Lo dice el conocido texto de la carta a los Colosenses: 'Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia'.

Esta incorporación a la pasión de Cristo nos ayuda a entender la realidad de la 'vicariedad' sobre la cual se fundamenta todo el misterio de Cristo y a descubrir, por tanto, que si Cristo se ha ofrecido a favor de mis pecados, también yo, unido a él, puedo ser para otros una gracia en el proceso de su conversión. En realidad, sólo con la entrega de uno mismo a Cristo se agradece el don de su Redención. Esta respuesta afectiva del pecador que experimenta la redención de Cristo en su propia vida es la mejor manera de celebrar el triunfo de Cristo sobre el pecado y la muerte en la vida de cada cristiano. Ésta se convierte en un canto de alabanza a la misericordia de Dios.

III

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA Y VIDA DE LA IGLESIA

Un pueblo de redimidos

21. Una Iglesia que dejara de celebrar el sacramento de la reconciliación perdería la conciencia de ser asamblea de redimidos. Se arriesgaría a perder su conexión vital con Cristo, nuestra paz, Los cristianos vivirían su aspiración a la santidad y perfección cristianas como utopías inalcanzables, y la moral se convertiría en un penoso ejercicio de las virtudes que abocaría necesariamente al pelagianismo o a la desesperanza. La Iglesia, y cada uno de sus hijos, se renueva constantemente en el misterio pascual de Cristo que actualiza el sacramento de la penitencia. La crisis de este sacramento lleva consigo inevitablemente una crisis de identidad eclesial que se manifiesta en la pérdida de la conciencia de la redención de Cristo. Y si Cristo desaparece del horizonte de la persona humana, ésta queda privada de su dignidad última, la que le confiere el hecho de haber sido redimida por la sangre de Cristo. De ahí que la Iglesia, como signo y salvaguardia de la transcendencia de la persona humana, ofrezca el sacramento de la penitencia como el lugar donde el hombre



Reflexiones Católicas.

recupere la conciencia de su destino trascendente y luche por orientar su vida hacia él.

Una conversión permanente

22. El sacramento de la penitencia mantiene a la Iglesia, además, en un estado permanente de conversión evitando así tentaciones de orgullo pelagiano que ponen en peligro el concepto de la gratuidad absoluta de la redención de Cristo. En estos tiempos en que somos tan sensibles a los pecados que han cometido quienes nos han precedido en la fe cristiana, por los que pedimos perdón, resulta coherente que nos miremos a nosotros mismos, examinemos nuestra conciencia, y pidamos perdón por nuestras infidelidades que nos impiden vivir los compromisos del seguimiento de Cristo. Juan Pablo II, en su carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, nos ofrece un exhaustivo examen de conciencia, al terminar este milenio, sobre nuestros pecados e Infidelidades actuales, con el fin de entrar en el próximo milenio con un renovado espíritu de conversión. No se puede negar -dice el Papa- que la vida espiritual atraviesa en muchos cristianos un momento de incertidumbre que afecta no sólo a la vida moral, sino incluso a la oración y a la misma rectitud teológica de la fe.

El sacerdote: ministro de la reconciliación

23. La Iglesia, por último, no podrá ser instrumento de reconciliación en el mundo, vocación a la que no puede sustraerse, si ella misma no se muestra reconciliada, es decir, no aparece como la comunidad de los discípulos de Cristo, unidos en el empeño de convertirse continuamente al Señor y de vivir como hombres nuevos en el espíritu y práctica de la reconciliación. Este testimonio es especialmente elocuente en un mundo de tensiones y conflictos como el nuestro, donde la responsabilidad moral queda diluida o proyectada sobre estructuras impersonales que conforman la sociedad. Los cristianos debemos dar ejemplo de arrepentimiento y confesión de nuestros pecados para ser así testigos creíbles de la gracia y alegría del perdón.

Corresponde especialmente a los sacerdotes promover la pastoral de este sacramento tan vinculado a su propio ministerio. El sacerdote, por voluntad expresa de Cristo, es administrador de la gracia del perdón. Como ministro de la Iglesia, ofrece y recibe el rostro materno de la misma, acogiendo a los pecadores, consolándolos en sus luchas espirituales e integrándolos en la comunión quebrada por el pecado.



Reflexiones Católicas.

Entre los diversos ministerios que la Iglesia le ha confiado, éste es absolutamente prioritario, de forma que no debe excusarse jamás de ejercerlo con toda la dedicación, sabiduría, caridad y prudencia que requiere como signo eficaz del Misterio pascual de Cristo. De la celebración eucarística surge, como una prolongación de su gracia a favor de los pecadores, el sacramento de la paz que la nueva alianza establece en el corazón de los hombres. Como ministro del altar, el sacerdote acoge también en la mesa del perdón a los que rescatados por el sacrificio de Cristo se disponen a comer de su sangre y beber de su cáliz. No se entiende, ni en el sacerdote ni en los fieles, una valoración de la eucaristía que no implique la misma estima por el sacramento del perdón.

El sacerdote encuentra en este ministerio la clave para entenderse a sí mismo como buen pastor, médico y padre, abogado y juez que, con la autoridad y el espíritu de Cristo, absuelve, sana, conforta, exhorta y alienta a los cristianos en su camino de santidad. Su solicitud por los pecadores es el signo de que Cristo habita entre ellos y les ofrece la ternura compasiva del Padre. Por eso, los busca sin esperar a que llamen; los reclama con la predicación y la actitud mansa de quien no viene a condenar sino a salvar; los advierte del riesgo de perder la salvación eterna sin quebrar la esperanza, por pequeña que sea, de lograrla; y, reconciliados con Dios, les ofrece su compañía de pastor que vigila por su perseverancia.

El sacerdote es también hombre pecador

24. Estas actitudes exigen del sacerdote una valoración y estima del sacramento de la penitencia que se traducen en la práctica personal del mismo. El sacerdote es también un hombre pecador. Por haber recibido mucho del Señor, debe estar siempre dispuesto a revisar su vida en razón de las gracias y responsabilidades que el Señor de la Iglesia le ha otorgado. Su ministerio, que le sitúa en un lugar eminente de santidad, le obliga a examinarse ante Cristo, contrastándose con sus actitudes de Sumo Sacerdote y suplicando la gracia de acogerlas como tuyas. La oración, la escucha de la Palabra de Dios le llevarán espontáneamente a la confesión sacramental donde, al experimentar él mismo la misericordia de Dios, se capacita para ofrecerla a sus hermanos los hombres. En un sacerdote que no se confesase o se confesase mal, su ser como sacerdote y su ministerio se resentiría muy pronto, y se darla cuenta también la comunidad de la que es pastor. Por el contrario, un sacerdote que, como Pedro, se vuelve constantemente a su Señor para decirle apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador, el pueblo



Reflexiones Católicas.

cristiano encuentra siempre estímulo y confianza para abrirle la conciencia seguro de su capacidad de caridad y perdón.

Llamada a los sacerdotes

25. Pido, pues, a los sacerdotes que dediquen lo mejor de sí mismos a este ejercicio de caridad pastoral que es la reconciliación del hombre con Dios. Que ofrezcan a los fieles los tiempos oportunos para la práctica del sacramento, sin que ellos tengan que solicitarlo expresamente teniendo que vencer así obstáculos nacidos de la reserva y el pudor personal no fácilmente vencibles. A los pastores queda la obligación de facilitar a los fieles la práctica de la confesión íntegra e individual de los pecados, lo cual constituye para ellos no sólo un deber, sino también un derecho inviolable e inalienable, además de una necesidad del alma. En todas las parroquias, los fieles deben saber en qué momentos sus pastores están disponibles para este sacramento, sin recurrir a la excusa de que los fieles no acuden o a la urgencia de otros trabajos pastorales. Para ello se impone la predicación y catequesis sobre este sacramento cuyos contenidos doctrinales favorecen la evangelización, dada su conexión con la Buena Nueva de Cristo sobre el perdón y la misericordia. Si el pueblo cristiano es educado y catequizado así, la gracia de Dios actuará en el corazón de los fieles que sentirán la llamada cálida del Buen Pastor.

Junto con esta disponibilidad y dedicación al sacramento, los sacerdotes, como instrumentos de unidad y comunión eclesial, deben dejarse guiar por un vivo sentido de responsabilidad al tratar las cosas sagradas, que no son propiedad nuestra, como es el caso de los sacramentos, o que tienen derecho a no ser dejadas en la incertidumbre y en la confusión como es el caso de las conciencias. Cosas sagradas -dice el Papa- son unas y otras -los sacramentos y la conciencia- y exigen, por nuestra parte, ser servidas en la verdad.

Estas observaciones del Papa Juan Pablo II, que recogen las aportaciones del Sínodo de 1983 sobre el sacramento de la reconciliación, nos obligan a revisar nuestro servicio a la verdad en la formación de las conciencias de los fieles y en la celebración del sacramento del perdón.

La estructura dialogal del sacramento sirve sobremanera, en efecto, para que el sacerdote, como maestro de la fe, oriente la conciencia, corrija desviaciones, enseñe los principios de la moral cristiana y sus exigencias e ilumine con la Palabra de Dios y con el Magisterio de la Iglesia las diversas situaciones por las que pasa el pecador. El



Reflexiones Católicas.

respeto a cada situación personal, la atención personalizada a sus circunstancias únicas e irrepetibles, deben llevar al confesor al ejercicio de la paternidad, reflejo de la de Dios, para que el pecador descubra que la Iglesia es Madre y Maestra y que la acogida y comprensión que ofrece a sus hijos no abdica de la verdad con la que ilumina sus vidas y circunstancias presentes. Este respeto, animado por una caridad sin límites, buscará siempre salvar al pecador sin detrimento de la verdad que la Iglesia defiende sobre el comportamiento moral derivado de la antropología cristiana cuya fuente es la Revelación divina. Flaco servicio se hace al pecador cuando, por una falsa caridad, se le confunde con equivocadas doctrinas o, lo que es aún más grave, se le confirma en sus errores. Esta manipulación de la conciencia, en el lugar donde el hombre tiene derecho a recibir la verdad que salva, es una gravísima falta de responsabilidad pastoral que todo sacerdote debe rechazar enérgicamente en el ejercicio de su ministerio.

Vivir el sacramento en toda su fuerza teológica y litúrgica

26. Es sabido, también, que la reforma litúrgica del sacramento no termina de ser acogida plenamente en toda su riqueza teológica y litúrgica. Hábitos y rutinas impiden en muchas ocasiones celebrar el sacramento como conviene, respetando sus elementos propios - acogida del penitente, proclamación de la Palabra de Dios, exhortación a la confesión sincera e íntegra, gestos litúrgicos apropiados, diálogo en orden a la oportuna penitencia, celebración gozosa del perdón- que suponen para el penitente un acto lleno de sentido eclesial y una ocasión de plena renovación espiritual. Atender a estos aspectos es fundamental para que la estima del sacramento crezca en proporción a sus contenidos teológicos y pastorales.

En la reforma litúrgica de este sacramento y, posteriormente, en el Código de Derecho Canónico se regulan además las condiciones en las que debe administrarse el sacramento de la penitencia. El canon 960 dice expresamente: La confesión individual e íntegra y la absolución constituyen el único modo ordinario con el que un fiel consciente de que está en pecado grave se reconcilia con Dios y con la Iglesia. También el Código precisa las condiciones que legitiman el recurso al rito de la reconciliación de varios penitentes con confesión y absolución general. Corresponde al obispo diocesano valorar si existen en concreto tales condiciones, teniendo en cuenta los criterios acordados con los demás miembros de la Conferencia Episcopal de forma que puede determinar los casos en los que se verifica esa necesidad. La Conferencia Episcopal Española, manifestó en su día



Reflexiones Católicas.

que en el conjunto de su territorio no existen casos generales y previsibles en los que se den los elementos que constituyen la situación de necesidad grave en la que se puede recurrir a la absolución sacramental general. Este criterio es válido para nuestra Archidiócesis en la que, ciertamente, no se dan los casos previstos por el Derecho. La observación, por tanto, de estas normas, fruto de madura y equilibrada consideración, debe hacerse desde un espíritu de comunión eclesial, evitando todo tipo de interpretación arbitraria. Detrás de estas normas, la Iglesia sólo busca el bien de las almas a las que quiere servir respetando siempre la verdad del sacramento y la de la propia conciencia individual.

Todo pastor con experiencia en este sacramento sabe que el pecador quiere ser tratado con calma y sin prisas; que los problemas del espíritu requieren acogida y serenidad de trato y que un auténtico diálogo espiritual crea las condiciones de confianza y apertura de alma necesarias para la confesión y posterior acompañamiento espiritual que puede surgir a raíz de la conversión. Estas actitudes se cultivan cuando el pastor acoge al penitente respetando su individualidad y le dedica el tiempo que requiere su propia situación. En ese clima puede decirle: Muestra, pues, tú herida al médico, para que puedas ser curado. Entonces percibe que Dios le ama por sí mismo y que nada hay tan personal e íntimo que este sacramento en el que el pecador se encuentra ante Dios solo con su culpa, su arrepentimiento y su confianza.

El perdonado: Testigo y apóstol de la misericordia

27. La experiencia del perdón de Dios, recibido en la Iglesia, convierte al cristiano en un testigo y apóstol de la misericordia. Así se presenta el mismo san Pablo a su discípulo Timoteo, al entroncar el origen de su apostolado en la misericordia que Dios tuvo con él. La confianza que Cristo depositó en san Pablo se muestra en que le otorgó el ministerio apostólico, a él, el primero de los pecadores, para que quedara patente en su vida lo que quiere hacer con todos los hombres. La salvación que Dios ofrece a los hombres de modo desbordante y gratuito hace de quienes la acogen ejemplos vivientes del poder soberano de Dios. Ante esta acción de Dios, el pecador agradecido comprende que su vida tiene que ponerse a disposición del Señor. En su Memorial de la vida cristiana, Fray Luis de Granada, siguiendo el comentario de san Agustín al libro de Job, dice así: Yo confieso, Señor, mi pecado, y es tan grande la pena que por esto tengo, que ninguna pena rebasará de padecer por él. Mira tú, Señor, qué quieres que haga, que aparejado estoy para todo lo que quisieres



Reflexiones Católicas.

hacer por mí. No tengo otra cosa que ofrecer, sino un corazón dispuesto para lo que tú mandares hacer.

El apostolado, en efecto, tiene su raíz última en la convicción de que la vida se la debemos al Señor, que nos rescató del pecado y de la muerte. Una vez convertido al Señor, el pecador se comprende a sí mismo como debido a Cristo. El cristiano se debe, ha dicho con acierto H. Urs von Balthasar. La penitencia y satisfacción que brotan de la experiencia del sacramento consisten en vivir la existencia futura bajo la luz de esta dependencia salvífica y, por tanto, en plena disponibilidad para el Reino de Dios. No es de extrañar que en el número de los apóstoles más encendidos de Cristo figuren nombres de grandes pecadores que recibieron la gracia de convertirse al Señor y le ofrecieron, como obsequio, el don de sí mismos. Esto es lo que brilla de modo eminente en el mártir cuando, consciente de que Cristo ha dado la vida por él, ofrece la suya como ofrenda agradable. La condición martirial de la vida cristiana no es otra cosa que la confesión del señorío de Cristo en la vida de cada bautizado que le urge a la misión en el medio del mundo.

También podemos hacer la observación contraria: cuando el celo apostólico disminuye y decrece el ansia evangelizadora, podemos preguntarnos qué queda de la experiencia cristiana de la redención; qué queda de la conciencia de nuestra propia liberación y reconciliación obradas por Cristo. Con toda razón ha dicho Juan Pablo II que la misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros. Quien confiese y haya experimentado en su vida, en efecto, que Jesús es el Hijo de Dios y que en él, sólo en él, somos liberados de toda forma de alienación y extravío, de la esclavitud del pecado y de la muerte, no dudará en lanzarse a la misión evangelizadora de la Iglesia proclamando la buena nueva del perdón y de la misericordia.

Estoy convencido de que una práctica sincera del sacramento de la penitencia redundará en frutos abundantes de evangelización y apostolado. Nos recordará lo que vale un hombre a los ojos de Dios que ha querido redimirlo con la sangre de su Hijo; actualizará en nuestra propia historia personal el acontecimiento de la Pascua cristiana, fiesta de liberación, y nos urgirá a dar testimonio en medio de los hombres del Dios rico en misericordia, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Y la Iglesia se hará creíble en el mundo al ofrecer al mundo el perdón que ella misma recibe de lo alto.



Reflexiones Católicas.

Pongo en las manos de María, Refugio de pecadores y Reina de la Paz, Virgen de La Almudena, todos estos deseos. Pongo, sobre todo, el corazón contrito de todos los cristianos que nos disponemos a celebrar la Cuaresma, como camino de conversión hacia la Pascua. Que ella los ofrezca a Cristo como don de una Iglesia que reconoce en El al Redentor de todos los hombres, el que los conduce en el Espíritu Santo a la casa del Padre.

3.-ORIGEN Y SIGNIFICADO DE LA CUARESMA

1. Prehistoria de la cuaresma: primeros apuntes

La primera referencia a una preparación pascual de cuarenta días aparece en un escrito de Eusebio de Cesárea que se remonta aproximadamente al año 332. En ese escrito Eusebio habla de la cuaresma como de una institución bien conocida, claramente configurada y, hasta cierto punto, consolidada. Esto nos permite pensar que a principios del siglo IV la cuaresma era ya una realidad establecida en algunas Iglesias.

Con todo, aún no es fácil determinar con precisión las características de este período de tiempo. Los datos que nos ofrecen los primeros testimonios son muy escasos. La referencia a la cuaresma surge casi siempre de manera incidental, como de paso. De todos modos, esos datos son las únicas fuentes de información de que disponemos y a ellos vamos a referirnos ahora. Veamos primero el testimonio de Eusebio:

«Celebrando, pues, la fiesta del tránsito, nos esforzamos por pasar a las cosas de Dios, lo mismo que en otro tiempo los de Egipto atravesaron el desierto...

Antes de la fiesta, como preparación, nos sometemos al ejercicio de la cuaresma, imitando el celo de los santos Moisés y Elías; respecto a la fiesta misma, nosotros la renovamos por un tiempo que no tiene límites. Orientado, pues, nuestro camino hacia Dios, nos ceñimos los lomos con la cintura de la templanza; vigilamos con cautela los pasos del alma, disponiéndonos, con las sandalias puestas, para emprender el viaje de la vocación celeste; usamos el bastón de la palabra divina, no sin la fuerza de la oración, para resistir a los enemigos; realizamos con todo interés el tránsito que lleva al cielo, apresurándonos a pasar de las cosas de acá abajo a las celestes, y de la vida mortal a la inmortal...



Reflexiones Católicas.

Después de pascua, pues, celebramos pentecostés durante siete semanas integras, de la misma manera que mantuvimos virilmente el ejercicio cuaresmal durante seis semanas antes de pascua. El número seis indica actividad y energía, razón por la cual se dice que Dios creó el mundo en seis días. A las fatigas soportadas durante la cuaresma sucede justamente la segunda fiesta de siete semanas, que multiplica para nosotros el descanso, del cual el número siete es símbolo».

Éste es el primer testimonio que conocemos sobre la cuaresma. Ésta se presenta como un período de preparación a la pascua. Desde la perspectiva de Eusebio, cuaresma viene a ser un camino, semejante al de los hebreos por el desierto, que hay que recorrer en un clima de austeridad y de vigilancia ascética. Eusebio lo llama el «viaje de la vocación celeste». Es también un «ejercicio», que supone un esfuerzo y una voluntad de lucha. Los apoyos que se ofrecen a los creyentes para realizar la andadura cuaresmal son la lectura de la palabra de Dios y la oración. Sólo quienes recorren con valentía este camino estarán en condiciones de pasar de las cosas de este mundo al Padre.

Inspirándose en las interpretaciones simbólicas de su maestro Orígenes, Eusebio asegura que las seis semanas de la cuaresma significan el esfuerzo denodado, la lucha ascética. Las siete semanas de la cincuentena, que culminan el día cincuenta, son, en cambio, el símbolo del reposo futuro. Con otras palabras: cuaresma es el símbolo de la vida presente, de la existencia temporal; la cincuentena pascual es imagen del reino eterno.

También Atanasio de Alejandría recoge una breve alusión a la cuaresma en una de sus cartas festales escrita en 334. Se trata, pues, de un testimonio contemporáneo al de Eusebio. Ambos son, sin duda, el eco de una misma tradición:

«Cuando Israel era encaminado hacia Jerusalén, primero se purificó y fue instruido en el desierto para que olvidara las costumbres de Egipto. Del mismo modo, es conveniente que durante la santa cuaresma que hemos emprendido procuremos purificarnos y limpiarnos, de forma que, perfeccionados por esta experiencia y recordando el ayuno, podamos subir al cenáculo con el Señor para cenar con él y participar en el gozo del cielo. De lo contrario, si no observamos la cuaresma, no nos será lícito ni subir a Jerusalén ni comer la pascua».



Reflexiones Católicas.

También en este caso la cuaresma es interpretada desde la perspectiva de la pascua. De nuevo surge la analogía entre la experiencia del pueblo de Israel en el desierto, camino de la tierra prometida, y la experiencia cuaresmal. Cuaresma es un tiempo de purificación y de adoctrinamiento. Al final del camino se yergue la pascua, representada como un gran festín, junto con el Señor, en el cenáculo. Sólo quienes se han sometido a la prueba cuaresmal, en la lucha ascética y en el ayuno compartirán con el Señor el banquete de la pascua.

Hay que anotar un detalle que considero importante. El mismo Atanasio, que en el fragmento citado se refiere a una preparación pascual de cuarenta días, en alguna de sus cartas anteriores habla sólo de una semana de preparación. Así, en la carta primera, escrita cinco años antes, dice:

«Comenzamos el santo ayuno el día 5 de Pharmuthi (el lunes de la semana santa) y lo proseguiremos, sin solución de continuidad, durante esos seis días santos y magníficos que son el símbolo de la creación del mundo. Pondremos fin al ayuno el día 10 del mismo Pharmuthi, el sábado de la semana santa, cuando despunte para nosotros el domingo santo, el día 11 del mismo mes».

Este fragmento de Atanasio nos sitúa en el momento histórico en el que la preparación de la pascua se alarga pasando de seis a cuarenta días. Eso nos permite deducir que la cuaresma, en esas fechas, es todavía una institución incipiente. Incluso la simbología de los seis días, imagen de la actividad creadora de Dios, se aplica a las seis semanas de la cuaresma. Éstas, según las palabras de Eusebio anteriormente citadas, indican «actividad y energía». De esta forma, el número seis, que simboliza la acción creadora de Dios, evoca al mismo tiempo el esfuerzo ascético en el que se empeña la comunidad cristiana durante el «ejercicio» cuaresmal.

2. El marco de la cuaresma romana: configuración y estructura

También en Roma el tiempo de preparación a la pascua se ha visto sometido a un prolongado proceso de alargamiento. En tiempos de Hipólito, la preparación pascual se limitaba a dos días: viernes y sábado. Junto con el domingo de resurrección, estos tres días constituyen lo que Ambrosio y Agustín llamarán el *triduum sacrum* de pascua, o *sacratissimum triduum crucifixi et*



Reflexiones Católicas.

resuscitati. Posteriormente hay vestigios de un ensanchamiento de este primitivo núcleo de dos días a un período de seis días. Eso lo confirma la estructura un tanto arcaica de la semana santa romana, con la asignación de la lectura de la pasión a los antiguos días feriales de sinaxis alitúrgica: el miércoles y el viernes.

Más tarde aparece en Roma un período de preparación a la pascua que dura tres semanas. Hecho extraño y exclusivamente romano. Sobre la existencia de esta preparación de tres semanas nos informa hacia el año 439 el historiador griego Sócrates: «Es fácil ver que los ayunos que se observan antes de pascua se guardan de modo distinto por unos y por otros, pues los que viven en Roma ayunan tres semanas seguidas antes de pascua, excepto el sábado y domingo».

A partir de esta noticia, parece claro que en Roma la preparación a la pascua ocupaba un período de tres semanas, con un ayuno diario, excepto sábados y domingos. Pero ¿a qué época se remonta esta institución prepascual de tres semanas?... Algunos indicios demuestran la existencia de este ayuno prepascual de tres semanas, que estaba ya en uso a finales del siglo III.

La fijación de esas tres semanas estuvo motivada probablemente por el deseo de hacer coincidir la pascua con el inicio cronológico del año. En Roma el año comenzaba el 1 de marzo. Por otra parte, la pascua no podía caer nunca antes del 22 de marzo. Teniendo en cuenta estas fechas, el mínimo de días que podían reservarse como preparación a la pascua era de 21 días; exactamente tres semanas. Es el tiempo que va del comienzo del año (1 de marzo) al posible día de pascua más cercano (22 de marzo). Como se ve, la motivación es estrictamente local. Por eso la tradición de las tres semanas quedó reducida al ámbito del área litúrgica romana.

3. Una experiencia de desierto

La estructura de la cuarentena exigirá desde el principio un enfoque peculiar de este tiempo de preparación a la pascua. Cuando el ayuno prepascual se limitaba a dos días o, a lo sumo, a una semana, las motivaciones de fondo que lo justificaban hacían referencia a la tristeza de la Iglesia por la ausencia del esposo, o respondían a un clima espiritual de ansiosa y vigilante espera, que culminaba culturalmente en la cena eucarística de la noche de pascua. La referencia a los judíos tuvo escasa importancia.



Reflexiones Católicas.

El ayuno cuaresmal -de cuarenta días- tendrá desde el principio unas connotaciones peculiares impuestas, en gran parte, por la misma significación simbólica del número cuarenta. Es altamente significativo que toda la tradición occidental inicia la cuaresma con la lectura del evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto. Este hecho, verificable en casi todas las liturgias de occidente, es una muestra de la importancia que reviste el tema del desierto y de la cuarentena para una interpretación global del conjunto de la cuaresma. El tiempo cuaresmal es, ante todo, una experiencia de desierto prolongada por espacio de cuarenta días.

a) El ayuno de los cuarenta días

La antigua liturgia hispánica, al iniciar la celebración del primer domingo de cuaresma, invitaba a la comunidad de fieles a recordar el ejemplo de los antiguos padres. Se refiere a Moisés y Elías, los cuales nos enseñaron a santificar la cuaresma con el ayuno y la oración. Sobre todo, se subraya el ejemplo de Cristo, el cual, con su experiencia de desierto, nos enseñó a vencer la tentación y a alimentarnos de lo que sale de la boca de Dios.

Con la alusión a estos ejemplos, la antigua liturgia hispánica recoge una serie de temas fundamentales en los que se resume el talante espiritual de la cuaresma. Son temas tradicionales, clásicos. Constituyen el patrimonio espiritual de la tradición occidental. Me refiero a temas tales como el ayuno, la tentación, el desierto, la cuarentena, la escucha de la palabra de Dios y la oración. Son temas vinculados unos a otros y que la tradición los ha polarizado en torno a la cuaresma.

Hay en primer lugar una referencia clara al Antiguo Testamento. Esta referencia señala la resonancia simbólica del número cuarenta en conexión con la experiencia del desierto. En este sentido hay que tener en cuenta los cuarenta años que el pueblo de Israel pasó en el desierto camino de la tierra prometida (Dt 8,2 4; 29,4 5); o los cuarenta días que transcurrió Moisés en la cima del monte Sinaí sin comer ni beber (Éx 34,27 28; 24,18; Dt 9,18); o los cuarenta días y cuarenta noches que el profeta Elías pasó caminando por el desierto hasta el monte Horeb (1 Re 19,8). Todos estos acontecimientos, en los que la experiencia del desierto y del ayuno conecta con el simbolismo del número cuarenta, culminan en la experiencia de Jesús en el desierto. También Jesús se sometió a la tentación y al ayuno por espacio de cuarenta días y cuarenta noches. Todos estos hechos, que por



Reflexiones Católicas.

supuesto no han pasado inadvertidos a la tradición cristiana, son los que garantizan un enfoque peculiar de la cuaresma. Más aún: el período cuaresmal hay que interpretarlo a la luz de esos acontecimientos y en conexión con ellos.

Cuaresma es, pues, sin duda, una experiencia de desierto. No es que la comunidad cristiana deba desplazarse a un lugar geográfico especial para vivir esta experiencia. Cuando aquí hablo de desierto, más que a un emplazamiento geográfico, me estoy refiriendo a un tiempo privilegiado, a un tiempo de gracia. Porque la experiencia de desierto es siempre un don de Dios. Es siempre él quien conduce al desierto. Fue él también quien condujo a Israel al desierto por medio de Moisés, y quien condujo a Jesús por medio del Espíritu. Este mismo Espíritu es quien convoca a la comunidad cristiana y la anima a emprender el camino cuaresmal.

El desierto es un lugar hostil, lleno de dificultades y de obstáculos. Por eso la experiencia de desierto anima a los creyentes a la lucha, al combate espiritual, al enfrentamiento con la propia realidad de miseria y de pecado. En este sentido, la cuaresma debe ser interpretada como un tiempo de prueba. Los cuarenta años que Israel pasó en el desierto fueron también un tiempo de tentación y de crisis, durante los cuales Yavé quiso purificar a su pueblo y probar su fidelidad (Dt 8,2 4; Sal 94). También Jesús fue tentado en el desierto. Durante la cuaresma la Iglesia vive una experiencia semejante, sometida a las luchas y a las privaciones que impone la *mitilitia Christi*. El cristiano vive un arduo combate espiritual. Lo vive siempre. No sólo durante la cuaresma. Pero la cuaresma representa una experiencia singular, una especie de entrenamiento comunitario en el que los creyentes aprenden y se ejercitan en la lucha contra el mal. Casi ninguno de los israelitas superó la prueba. En realidad fueron muy pocos los que, habiendo salido de Egipto, consiguieron entrar en la tierra prometida. La mayoría sucumbieron en el camino. Hasta Moisés. Cristo, en cambio, salió victorioso de la prueba. El diablo no logró hacerle sucumbir. Los cristianos que realizan seriamente el ejercicio cuaresmal y recorren con asiduidad el camino que lleva a la pascua compartirán sin duda con Cristo la victoria sobre la muerte y sobre el pecado.

b) Desierto y peregrinación

Al mismo tiempo, el desierto es un lugar de paso. Nadie construye una casa en el desierto. A lo sumo, uno se limita a plantar la



Reflexiones Católicas.

tienda. La experiencia de desierto es un estímulo permanente a vivir el espíritu de lo provisional. La experiencia de este mundo, simbolizada en los cuarenta días, es una experiencia de lo provisional. Aquí también estamos de paso. No vale la pena acumular riquezas. Vivimos como peregrinos camino de la casa del Padre. Nuestra morada definitiva no está aquí. Por eso no vale la pena echar raíces. Hay que desprenderse del peso inútil para poder aligerar la marcha. Nuestra morada definitiva está allá, en el reino del Padre. Ésa es nuestra tierra prometida. La cuaresma nos enseña a caminar como peregrinos, viviendo el espíritu evangélico de la provisionalidad.

c) Desierto y teofanías

El desierto es además el lugar de las grandes teofanías. Allí, en el desierto, es donde Israel ha celebrado los grandes encuentros con Yavé. Allí se reveló a Moisés. Allí se reveló también a Elías. Asimismo, la cuaresma es para la comunidad cristiana una invitación al encuentro con Dios que se revela, sobre todo a través de su palabra. La práctica cuaresmal del ayuno tiene como contrapartida la lectura asidua de la palabra de Dios, verdadero alimento espiritual de los creyentes. Porque el creyente, en cuaresma, se alimenta sobre todo de lo que sale de la boca de Dios: de su palabra. De esta forma, la abstinencia del alimento corporal queda compensada con el pan sublime de la palabra de Dios.

d) Desierto y oración

Además, en conexión con lo apuntado, la cuaresma es un tiempo especialmente idóneo para el encuentro con Dios en la oración. Esta referencia a la oración aparece en los pasajes citados del Antiguo Testamento en conexión con la experiencia del ayuno. Moisés, al subir al Sinaí, «permaneció allí cuarenta días y cuarenta noches sin comer pan y sin beber agua» (Ex 34,27 28). Sin embargo, en el Deuteronomio, al narrar la experiencia teofánica del Sinaí, se señala que durante ese tiempo de ayuno Moisés se dedicó a la súplica por los pecados del pueblo: «Luego me postré ante Yavé; como la otra vez, estuve cuarenta días y cuarenta noches sin comer pan ni beber agua, por todo el pecado que habíais cometido... Y una vez más me escuchó Yavé» (Dt 9,1819). Por otra parte, la peregrinación de Elías a través del desierto, estimulado prodigiosamente por el alimento que le suministró el ángel, hacia el monte de Dios en Horeb (1 Re 19,8),



Reflexiones Católicas.

representa la vuelta al Sinaí, a la fuente misma de la revelación mosaica.

e) Desierto y transfiguración

La experiencia teofánica, tan vinculada a la cuarentena, al ayuno y al desierto, adquiere una dimensión especial en el hecho de la transfiguración. Es éste uno de los temas característicos de la cuaresma. La nueva liturgia lo ha incorporado al domingo segundo de cuaresma. En la transfiguración reviste una particular importancia la presencia de Moisés y de Elías junto a Jesús transfigurado, en quien culminan la ley y los profetas, representados en los dos personajes. Tanto la montaña, en la que se sitúa el acontecimiento, como la nube que envuelve la escena son elementos clásicos que caracterizan a las grandes teofanías. En este caso, la referencia al hecho de la transfiguración nos parece subrayar la dimensión contemplativa de la vida cristiana. El encuentro teofánico con el Señor, experimentado por Moisés y Elías y culminado en el Tabor, nos invita a interpretar la cuaresma como una llamada a la oración silenciosa y contemplativa, a la lectura reposada, sapiencial, de la palabra de Dios, tal como se ha revelado en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Cuaresma debe permanecer siempre como una oportunidad privilegiada para el encuentro con Dios.

4. Tiempo de penitencia

La cuaresma romana ha quedado fuertemente marcada por dos instituciones importantes: la penitencial y el catecumenado. Ahora voy a referirme a la primera. Es éste un aspecto que bien podríamos considerar connatural a la misma. Toda cuaresma, por el simple hecho de serlo, debe ser un tiempo de penitencia. De hecho, ya el mismo Eusebio de Cesarea -el primero que nos habla de la cuaresma- se refiere a ese tiempo de preparación a la pascua llamándolo «ejercicio cuaresmal». Sin embargo, en Roma esta dimensión adquiere unas connotaciones propias. El mismo ayuno, que aparece desde el principio como ingrediente esencial en la preparación a la pascua, reviste en Roma un sentido y unas resonancias que no poseía durante los primeros siglos.

La cuaresma romana, al insistir sobre el ayuno y sobre la penitencia, lo hace desde una perspectiva eminentemente ascética y penitencial. Es una forma de expresar el permanente control que el cristiano debe ejercer sobre sí mismo y la lucha



Reflexiones Católicas.

abierta contra las pasiones y las apetencias de la carne que se alza contra las exigencias del espíritu. Al mismo tiempo, las prácticas de penitencia durante la cuaresma son asumidas como una forma de «satisfacción» o castigo para purgar los pecados propios y los ajenos. Hay, por otra parte, una permanente invitación al reconocimiento de los propios pecados y una llamada insistente a una conversión radical y absoluta.

Todos estos aspectos, que caracterizan sin duda la penitencia cuaresmal, sólo se entienden adecuadamente si se tiene presente que durante siglos el tiempo de cuaresma constituyó el cauce canónico oficial para celebrar el sacramento de la reconciliación. La misma estructura cuaresmal dio marco a la institución penitencial. Este hecho, que de suyo cae en la esfera de lo formal y accesorio, impregnó la cuaresma de una dimensión espiritual determinante. Iniciar la cuaresma ha significado y significa asumir las actitudes de fondo que caracterizan al hombre pecador, consciente de su pecado, arrepentido y confiado en la ilimitada misericordia de Dios.

Con la reforma litúrgica del Vaticano II se ha dado un nuevo enfoque espiritual de la cuaresma. No es tanto la penitencia corporal lo que interesa subrayar cuanto la conversión interior del corazón. Los textos bíblicos, extraídos muchos de ellos de la literatura profética, orientan la actitud cuaresmal de cara a una profunda purificación del corazón y de la misma vida de la Iglesia. Hay una continua descalificación de cualquier intento de cristianismo formalista, anclado en ritualismos falsos. La verdadera conversión a Dios se manifiesta en una apertura generosa y desinteresada hacia las obras de misericordia: dar limosna a los pobres y comprometerse solidariamente con ellos, visitar a los enfermos, defender los intereses de los pequeños y marginados, atender con generosidad a las necesidades de los más menesterosos. En definitiva, la cuaresma se entiende como una lucha contra el propio egoísmo y como una apertura a la fraternidad. A partir de ahí es posible hablar de una verdadera conversión y de una ascesis auténtica. Sólo así puede iniciarse el camino que lleva a la pascua. En este sentido, cuaresma viene a ser un tiempo que permite a la Iglesia -a toda la comunidad eclesial tomar conciencia de su condición pecadora y someterse a un exigente proceso de conversión y de renovación. Sólo así la cuaresma puede tener hoy un sentido.

5. Dimensión bautismal de la cuaresma



Reflexiones Católicas.

La cuaresma ha servido además de marco a la preparación inmediata de los catecúmenos antes de recibir el bautismo en la noche santa de pascua. Este hecho ha marcado también a la cuaresma romana, dándole un matiz peculiar y un enfoque espiritual de inspiración bautismal. Es cierto que desde hace siglos no existe ya el catecumenado, tal como lo estructuró la antigua Iglesia romana, y han desaparecido los escrutinios y demás celebraciones prebautismales que existían en los primeros siglos. Sin embargo, el sello bautismal no ha desaparecido nunca de la cuaresma. Más aún, este carácter se ha acentuado a partir de la última reforma.

Las razones de este hecho vienen de lejos. Aparte las motivaciones teológicas de fondo que vinculan el bautismo al misterio pascual de Cristo (véase Romanos 6 y 1ª carta de San Pedro), la Iglesia fue tomando medidas concretas para dejar patente esta vinculación. Una cosa es decir que «cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte» (Rom 6,3), o que «con él fuimos sepultados por el bautismo en la muerte» (Rom 6,4), o que «nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya» (Rom 6,5), y otra cosa es establecer como fecha para el bautismo el día de pascua. Es entonces cuando la comunidad cristiana experimenta la vinculación entre bautismo y misterio pascual. Entonces se hace patente cómo el gesto de entrar en la fuente, desnudo, para sumergirse en el agua, nos hace compartir la muerte y la sepultura de Cristo. Al salir del agua y vestirse las túnicas blancas, los bautizados se sienten incorporados a Cristo resucitado, el primer hombre nuevo, el primogénito de entre los muertos. Esta celebración bautismal, enmarcada en el contexto de una intensa vivencia espiritual de la noche de pascua, adquiere connotaciones y resonancias realmente impresionantes. Así lo entendió la comunidad cristiana casi desde el principio.

Más tarde, la costumbre de bautizar a los niños inmediatamente después del nacimiento obligará, en los siglos X y XI, a simplificar los ritos y a reunirlos en una celebración única junto con el bautismo.

Las últimas reformas litúrgicas, al introducir la renovación de las promesas bautismales en la vigilia pascual y, sobre todo, al reactualizar el antiguo ritual del bautismo de adultos, han devuelto a la cuaresma la importancia que tuvo en otro tiempo como plataforma para la preparación bautismal. En este sentido



Reflexiones Católicas.

hay que destacar la previsión de las tres misas de escrutinios para los domingos 3, 4 y 5 de cuaresma, con sus correspondientes lecturas, la inscripción del nombre al principio de la cuaresma y la solemne celebración, previa al bautismo, el sábado santo por la mañana. Aún en el caso de que no se prevean bautismos de adultos para la noche de pascua, siempre se urge la orientación bautismal de la cuaresma como preparación de toda la comunidad cristiana a la renovación de las promesas bautismales que tiene lugar en la noche de pascua. A este fin siempre es posible utilizar las lecturas bíblicas del ciclo A durante los domingos 3, 4 y 5, pertenecientes a la antigua catequesis prebautismal (la samaritana, el ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro) y los nuevos prefacios compuestos para esa circunstancia. De este modo, la cuaresma se convierte para toda la Iglesia en un tiempo de reflexión en el que todos y cada uno de los fieles asumen conscientemente su condición de bautizados, hacen balance sobre el cumplimiento de sus compromisos y deciden ratificar solemnemente su proyecto de vida cristiana al renovar las promesas bautismales en la vigilia pascual.

6. La cuaresma después del Vaticano II

De una manera clarividente y precisa, el Concilio señaló, ya en la constitución *Sacrosanctum Concilium* (n. 109), la doble dimensión que caracteriza al tiempo de cuaresma: la bautismal y la penitencial. Al mismo tiempo, subrayó que se trata de un tiempo de preparación a la pascua en un clima de escucha atenta de la palabra de Dios y de oración incesante. De esta forma, el Concilio dejó claramente delimitadas las líneas de fuerza que confieren a la cuaresma su propia identidad, al margen de aditamentos superfluos o anacrónicos. Estas son sus palabras:

«Puesto que el tiempo cuaresmal prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la palabra de Dios y a la oración, para que celebren el misterio pascual, sobre todo mediante el recuerdo o la preparación del bautismo y mediante la penitencia, dése particular relieve en la liturgia al doble carácter de dicho tiempo».

Me interesa subrayar aquí que el Concilio, al describir la fisonomía espiritual específica de la cuaresma, no ha inventado nada nuevo. Se ha limitado a recoger, con sabio discernimiento, el contenido más genuino de la tradición. Esta visión, depurada y genuina, de la cuaresma ha constituido el punto de referencia, el criterio



Reflexiones Católicas.

inspirador que ha permanecido subyacente en la labor de reforma.

La primera tarea consistió, sin duda, en devolver a la cuaresma su simplicidad original. Era necesario proceder a una labor de poda. Así se hizo. Por eso se suprimió el tiempo de la así llamada «pre-cuaresma», integrada por los domingos de septuagésima, sexagésima y quincuagésima. Este período de tiempo había ido anexionándose a la cuaresma progresivamente, aunque en épocas más tardías, de manera artificial y arbitraria.

La supresión de la pre-cuaresma no implicó, sin embargo, la supresión del miércoles de ceniza. Siempre fue ésta una fecha de amplia resonancia popular. Contaba, por otra parte, con una antigüedad venerable. Además, desde un punto de vista pastoral, la liturgia del miércoles de ceniza ofrecía aspectos importantes que podían contribuir a fijar, desde el principio, el enfoque espiritual de la cuaresma como tiempo de purificación y conversión de cara a la celebración de la pascua.

A fin de garantizar al máximo la sencillez original de la cuaresma, se suprimió también lo que se había dado en llamar «tiempo de pasión», que comenzaba el domingo 5 de cuaresma y terminaba el sábado santo. De esta manera el tiempo de preparación a la pascua quedaba constituido exactamente por un período de cuarenta días, con una estructura simple, claro y homogéneo. Así, al situar la cuaresma entre el miércoles de ceniza y la celebración vespertina del jueves santo, se recuperaba la rica simbología del número cuarenta, de indiscutible peso específico en la configuración espiritual de este periodo de tiempo.

Además de esta labor depuradora, la reforma ha prestado una atención especial a la creación de nuevos textos de plegaria y a la reestructuración del leccionario, tanto de la misa como del oficio. Algunos textos han sido reutilizados, tal como aparecían en el viejo misal o con pequeñas variantes. Otros han sido extraídos de los viejos sacramentarios romanos e incluso de los pertenecientes a otras tradiciones litúrgicas. Otros, finalmente, han sido redactados de nuevo. En todos ellos, de un modo u otro, se trasluce una visión más positiva de la cuaresma, como preparación a la pascua, como tiempo de purificación y de



Reflexiones Católicas.

conversión interior y como toma de conciencia del compromiso bautismal.

El trabajo de mayor envergadura consistió, sin duda, en la reforma del leccionario. La selección de textos para la primera lectura dominical, tomados siempre del Antiguo Testamento, sigue un enfoque nuevo. En ellos se hace mención de las grandes etapas que constituyen la historia de la salvación. De esta forma, la cuaresma se revela como un tiempo que, a través de la lectura de la palabra de Dios, nos permite un acercamiento al Dios que ha ido revelándose progresivamente a través de la historia. No es un conocimiento teórico, sino un contacto experiencial con el Dios vivo que ha querido hacerse presente, de manera progresiva, en la historia de los hombres.

Los textos seleccionados para la segunda lectura no constituyen un cuerpo compacto y coherente. Son fragmentos que sirven para complementar e ilustrar los temas contenidos, sea en la primera lectura, sea en el fragmento evangélico.

La temática recogida en este leccionario corresponde, sin duda, a la catequesis cuaresmal: radicalidad de la conversión cristiana, prácticas penitenciales y obras de misericordia, arrepentimiento y necesidad de la reconciliación sacramental. Durante las dos últimas semanas se ha respetado con escurpulosidad la venerable costumbre de la tradición romana de leer fragmentos del evangelio de Juan que recogen los grandes temas de la catequesis bautismal.

De esta manera, la reforma conciliar ha restablecido la estructura de la cuaresma original y ofrece a la comunidad cristiana un marco adecuado para recorrer el camino que lleva a la pascua. Las solemnidades pascuales quedan situadas en el eje medular del año litúrgico y constituyen el punto de referencia tanto de la cuaresma como de la cincuentena pascual. El misterio pascual penetra de esta manera la totalidad de la vida cristiana y se convierte en el elemento dinamizador de toda la acción pastoral.

4.-LEVÁNTATE Y PONTE EN CAMINO

Es ésta, quizás, una de las frases más repetidas por Dios en la Escritura cuando se dirige al pueblo, o bien a personas concretas.



Reflexiones Católicas.

Desde Abraham, invitado a marchar a tierras desconocidas, pasando por Moisés, llamado a liberar al pueblo esclavo, los profetas, y el propio Pablo, todos los grandes hombres y mujeres han encontrado en el camino el inicio de una nueva vida, de su propia realización personal.

La Cuaresma nos invita también, con toda su fuerza, a ponernos en camino: a levantarnos de la tierra simbólica en la que estamos establecidos, tal vez anclados, y a marchar hacia un lugar nuevo. La meta de este tiempo ya la conocemos: la Pascua, la identificación con Jesús muerto, anulado, y la asimilación de su Resurrección como la nuestra. Un camino, una meta demasiado habituales, que pueden tornarse rutinarios y sin sentido. Un mero cumplimiento. Espectadores pasivos de la representación de siempre.

El ser humano es caminante por naturaleza. Peregrino de todas las tierras, sabiendo que en ninguna de ellas encuentra su patria. Siempre en marcha. ¡Ay de aquel establecido, cansado de caminar, satisfecho al borde del camino! ¡Ay del que cree haber alcanzado su meta! ¡Ay del temeroso que por miedo no se atreve a iniciar su ruta! Ninguno de ellos tendrá la satisfacción de encontrar su recompensa, la paga de su búsqueda, escondida en el camino. Porque es ese camino el que va pasando por nosotros, nos va transformando, nos va modelando los pies, el corazón y las entrañas. Nos va curtiendo la intemperie y el sol; nos va despojando de pesos y falsas riquezas; nos va demostrando cuán frágiles y vulnerables somos, cómo son nuestras pequeñas perlas y tesoros. Nos va guiando hacia pozos y cavernas, hacia prados y desiertos, hacia horizontes cada vez más próximos. El camino cuaresmal, para el cristiano, supone además el encuentro con otros, otras, también peregrinos, que andan buscando al Señor Jesús porque han encontrado ya sus huellas. Encuentros que, al mismo tiempo, os abren a nuevas realidades de nosotros mismos, nos amplían y purifican la visión de los demás y de Dios.

El caminante habituado a recorrer grandes distancias sabe muy bien que no se puede ir sin nada para realizar esa tarea. Se precisan ciertos instrumentos para que el camino sea más llevadero y la meta más cercana. La Cuaresma también nos proporciona tres herramientas fundamentales para avanzar en este tiempo, indispensables y valiosas, que forman el equipaje de aquellos buscadores de siempre que salen al encuentro del Señor.



Reflexiones Católicas.

Todo peregrino necesita un bastón para apoyarse. Éste le sostiene cuando el camino se torna difícil. Le pone en contacto con la tierra fecunda, el suelo reseco o la roca firme. La limosna es el instrumento que nos recuerda a nosotros nuestra vinculación a la tierra, a lo más bajo, a los más bajos. Ella nos sostiene en equilibrio y permite acompasar el ritmo de los otros. Permite allanar el camino, para que, los que vengan detrás, no encuentren obstáculos o dificultades. La limosna, en nuestro mundo, no es mera caridad, dar las sobras: significa darse a los otros por completo, implicarse en las causas de los pobres, compartir con ellos siquiera su hambre: la de estómago, y sobre todo el hambre que permite gritar, denunciar, alzar la voz por quienes la han perdido.

El caminante de grandes distancias no puede prescindir de su mochila, la bolsa donde guarda las provisiones o el agua, donde va recogiendo aquello que encuentra interesante en su ruta, todo cuanto le pueda servir en algún momento. Pero esa mochila ha de ser pequeña y ligera. Ha de contener lo necesario, lo imprescindible. Si va cargada, en lugar de instrumento que facilite el camino, puede convertirse en freno que lo dificulte. El camino hacia la Pascua ha de hacerse también sin nada, con lo mínimo: se trata de subordinar las propias necesidades, deseos, gustos y proyectos a ese proyecto del camino hacia el Reino que nos convoca y nos urge. Un camino en hambre y sed, sabiendo que sólo Dios, sólo los hermanos y hermanas, pueden darnos aquello que vamos a precisar. Un camino vivido en solidaridad y justicia, para que todos tengan lo suficiente.

Finalmente, el viajero de grandes aventuras, que se adentra en caminos desconocidos, necesita la brújula que le oriente y guíe de modo eficaz hacia la meta. Tal vez ese pequeño instrumento se hace más necesario que cualquier otro. Él marca el camino a seguir; el caminante sólo ha de dejarse conducir por él. Quien peregrina a la Pascua sabe que sólo el Espíritu puede ser el mejor guía, aquel que señala siempre el camino. El tiempo dedicado a la oración, a la escucha de Dios que habla en el silencio, en los acontecimientos de la Historia, se vuelve indispensable para entrar en la sintonía del Señor de la Pascua. Aquel que buscamos como meta se nos hace presente ya en la búsqueda. Él mismo alimenta en nosotros el deseo de ponernos en camino y da sentido a nuestra marcha. Y él, Caminante por excelencia, nos protege, nos lleva sobre sus hombros cuando llega la fatiga, y nos guarda entre sus brazos cuando llega la oscuridad.



Reflexiones Católicas.

Señor Jesús: me pongo en camino. Quiero buscarte. Dame un corazón sencillo, unos pies ligeros, unos ojos abiertos para que mi marcha sólo se dirija a Ti. Oriéntame cuando me pierda, acógeme cuando me canse, llévame a los otros cuando me sienta solo. Dame valentía, fortaleza y audacia para no decaer en mi búsqueda, para permanecer siempre firme. Haz que mis pies pisen la tierra pobre que pisaron los tuyos, que mis hombros sólo carguen la libertad y el desprendimiento que llevaron los tuyos, que mis entrañas anhelan sólo tu Palabra. Y cuando al fin pueda encontrarme contigo cara a cara, Cristo Luminoso, Eterna Pascua, concédeme descansar mi cabeza sobre tu hombro y pronunciar tu nombre, Señor, siempre hermano, siempre nuevo.

5.-TIEMPO DE MISERICORDIA

Casi todos los textos de la Liturgia de Cuaresma tienen un denominador común: la misericordia!, porque, si nos invitan a la conversión, es porque hay Alguien que acogerá misericordiosamente nuestra indigencia.

Dice Isaías: *«Sin embargo, aguardará Yahveh para haceros gracia y así se levantará para compadeceros, porque Dios de equidad es Yahvéh idichosos los que en Él esperan!»* (30,18).

La misericordia de Dios es la esencia de toda la Historia de la Salvación, el por qué de todos los hechos salvíficos. Dios es misericordioso, y ese divino atributo es como el motor que guía y hace la historia del hombre.

«Siervo mío eres tú, te he escogido y no te he rechazado. No temas, que contigo estoy; y no receles, que yo soy tu Dios» (Is 41,8-10).

Santo Tomás de Aquino escribe: *«la misericordia es lo propio de Dios y en ella se manifiesta de forma máxima de su omnipotencia»*. No recuerdo bien a qué santa se lo reveló con estas sencillas palabras: *«Carecerás de ayuda cuando, mi Corazón carezca de poder»*.

Alguien que anduvo 30 años a la búsqueda de Dios, nos cuenta: *«Cuando al final lo encontré, abrí los ojos y descubrí que era Él quien me esperaba»*. Y comenta Cabodevilla: *«Mientras el arrepentimiento anda a su lento paso, la misericordia corre,*



Reflexiones Católicas.

vuela, precipita las etapas, anticipa el perdón, manda delante, como heraldo, la alegría».

El campo de la misericordia es tan grande como la miseria humana que se trata de remediar, pues la misericordia es un aspecto del amor que, viendo en el otro la indigencia, impulsa a actuar para aliviarle. Dios es esencialmente amor misericordioso, volcado con impulso vehemente sobre nuestra pobreza... Canta el Salmista: *«Tú, Yavé, no contengas tus ternuras para conmigo, que tu amor y tu verdad incesantes me guarden»* (Sal 39).

«No contengas...» Intuye el corazón humano que es incontenible el amor, que Dios no se puede aguantar más y desciende como huracán sobre el polvo desvalido. *«Tú eres un cobijo para mí»* (Sal 31).

Es la debilidad atrapada por la misericordia, refugio único del pecador. *«No hay otra Roca, yo no la conozco»* (Is 44,8). Y San Agustín comenta en uno de sus sermones: *«¿Dónde me esconderé de Dios?... ¿Dónde te esconderás, hermano?... En su misericordia. Nadie puede huir de Dios más que refugiándose en su misericordia».*

Y es que Dios Padre, el Abbá, es más grande y más atractivo cuando es débil por amor. De ello nos da la razón la cruz, pues la medida de su misericordia nos la mostró de modo tangible e inequívoco en su Hijo. La misericordia de Jesús tuvo su máxima eficacia, porque en Él habitaba la misma potencia de Dios.

Juan Pablo II, en la encíclica *«Dives in misericordia»* dice: *«Este es el Hijo de Dios que en su resurrección ha experimentado, de manera radical en sí mismo, la misericordia, es decir, el amor del Padre que es más fuerte que la muerte. Y es también el mismo Cristo, Hijo de Dios, quien al término de su misión mesiánica, se revela a sí mismo como fuente inagotable de la misericordia».*

¡Inagotable! Todo el evangelio es un chorro de misericordia. Jesús se da prisa en buscar la centésima oveja que se había perdido... Y comenta San Bernardo: *«¡Maravillosa condescendencia de Dios que así busca al hombre; dignidad grande la del hombre que así es buscado!».*

Inabarcables los gestos de Jesús: curó enfermos, se inclinó hacia ellos con su omnipotencia y devolvió la alegría de vivir a cuantos encontró en su camino. Ninguno fue despedido sin haber sido



Reflexiones Católicas.

escuchado. Jesús sabe llorar con los que lloran, le da pena ver sufrir y el corazón se le va, hecho lástima encarnada, detrás de cuantos padecen. Y la bondad florece en milagro... Le conmueve la debilidad humana y concede el perdón aunque no se lo pidan... «*Yo tampoco te condeno, vete y no peques más*» dijo a la mujer sorprendida en adulterio.

El podía y quería sanar. «*Caña quebrada no partirá y mecha mortecina no apagará*» había profetizado Isaías (Is 42). Jesús sabía hacer renacer la llama de la ilusión en cualquier corazón abatido.

En nosotros, la misericordia es siempre proporcionada a nuestra unión real con Él, pues sólo eso puede darnos la valentía de renunciar a nosotros mismos para subvenir a las necesidades de los demás.

Nuestra caridad debe revestirse de misericordia y ser revelación, no sólo de su bondad, sino de ayuda concreta que devuelva las fuerzas, las energías y, sobre todo, la esperanza en la vida, que es don de Dios...

De nuestro Padre Santo Domingo se ha escrito: «Desde niño la compasión crecía con él y cargando sobre sus espaldas las desgracias de los demás, hacía suyo todo dolor ajeno. Su corazón era un hospital de desdichas; sus entrañas no estaban cerradas a la misericordia...»

«Hospital de desdichas...» Allí aparcaban toda suerte de desgracias y eran acogidas cálidamente, desde el hambre de los pueblos y los errores de las gentes, hasta cualquier tribulación de un fraile tentado. Y no quedaba en un mero sentimiento de compasión. Nuestro Padre descendía siempre al alivio concreto, a cubrir la necesidad a cualquier precio. Sería interminable recordar aquí la trayectoria de su misericordia.

Y es que no es tema para bella literatura, sino para hacer surcos en el corazón, hasta que duela de verdad y haga perder la tranquilidad, mientras haya miembros débiles en el cuerpo místico que padezcan miseria de cualquier clase. Decía San Pedro Crisólogo: «Tú que ayunas, piensa que tu campo queda en ayunas si ayuna tu misericordia; lo que siembras en misericordia, eso mismo rebotará tu granero, para que no pierdas a fuerza de guardar, recoge a fuerza de repartir. Al dar al pobre, te haces



Reflexiones Católicas.

limosna a ti mismo, porque lo que dejes de dar a otro, no lo tendrás tampoco tú».

Jesús es exigente; el evangelio es tajante: «*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso*» (Lc 6,36). Ternura que debe hacernos prójimos del necesitado. Como el buen samaritano, encontrar tiempo para pararse... mirar... fijarse en la hondura de las heridas... curarlas... cargar con el desvalido y... que pongan a nuestra cuenta cuanto necesiten.

Toda comunidad humana tiene, sin duda, sus miembros más débiles; la humanidad está llagada por los cuatro costados... La misericordia debe ser, pues, una actitud permanente, porque «*el amor de Dios no mora sino en los que practican la misericordia*».

6.-LA CUARESMA DE NUESTRA VIDA

En el año litúrgico hay un tiempo consagrado a la penitencia. ¿Debemos extrañarnos por ello? Entendemos bien que en siglos anteriores los hombres podían tener necesidad de un tiempo para poner orden en su vida espiritual y religiosa. Tenían la alegría del vivir, estaban saciados y libres de preocupaciones, celebraban el carnaval por todas las calles con una risa que todavía venía del corazón. Por eso podían vivir —pensamos— un breve tiempo de recogimiento, de seriedad, de reflexión y de ascesis como cambio benéfico en el flujo de la vida y del alma. ¿Y nosotros? ¿No suena para nuestra sensibilidad como rara y alejada de la realidad la predicación de la Iglesia de que comienza ahora el tiempo de la seriedad, de la conversión y del ayuno? ¿No nos parece la cuaresma como una polvorienta ceremonia de los antiguos tiempos? ¿Qué nos va a decir esta época a nosotros, que vivimos con el corazón amargado y sin esperanza terrena, a nosotros, que ayunaríamos a gusto si no tuviéramos que pasar hambre?

No, la cuaresma comienza para nosotros mucho antes del miércoles de ceniza y dura más que cuarenta días. Esa cuaresma nuestra es tan real, que no necesitamos practicarla en este tiempo de penitencia litúrgicamente fijado. La cuaresma no litúrgica de nuestra vida nos parece más dura y más amarga que cualquier otra época de dolor de las generaciones pasadas. Pues sufrimos no sólo porque nos falta la saciedad y la despreocupada seguridad, no sólo porque vivimos en la oscuridad y en las sombras de la muerte, sino ante todo porque nos parece que Dios está lejos de nosotros.



Reflexiones Católicas.

Evidentemente, esta afirmación no vale para todos. No atañe a los corazones llenos de Dios. Pero el hombre a quien le conviene no puede sentirse orgulloso de sí mismo, porque la amargura de su corazón es infinita. No es una frase que preconiza una propiedad que el hombre no se debía dejar arrebatarse y que Dios podría anular para conceder su proximidad y la certeza de su amor que hace bienaventurado, como si la desesperación hiciera el corazón del hombre más grande que la felicidad. Convertir el alejamiento de Dios en un motivo de jactancia para el hombre (como lo hacen algunas formas de filosofía existencial) es pecado, y al mismo tiempo es estúpido y perverso. Este alejamiento de Dios en muchos es más bien un hecho real y exige una explicación; es un sufrimiento, el sufrimiento más profundo de la cuaresma de la vida mientras peregrinamos lejos del Señor.

Alejamiento de Dios no quiere decir aquí que uno niegue la existencia de Dios o que, indiferente, prescindiera de Él en su vida; esto puede ser con frecuencia —pero no siempre— una falsa reacción contra el estado aludido. Alejamiento de Dios significa aquí algo que también puede encontrarse en los hombres que creen, que echan de menos a Dios y que ansían su luz y su proximidad beatificante. También éstos, precisamente éstos, experimentan con frecuencia su significado: Dios se les aparece como irreal, mudo y callado, abrazando nuestra existencia sólo como un vacío horizonte lejano en cuya infinitud intransitable discurren sin salida nuestros pensamientos y las exigencias de nuestro corazón. Alejamiento de Dios significa que nuestro espíritu está cansado de los enigmas sin solución, nuestro corazón desanimado por las oraciones no atendidas, y se piensa en Dios como en una de aquellas grandes palabras, a fin de cuentas no creídas, entre las que los hombres ocultan una vez más su desesperación, porque ésta no tiene la fuerza de tomarse como cosa importante. Dios nos parece ser solamente aquella ilusoria e inaccesible infinitud que, para nuestro tormento, hace aparecer la realidad como *todavía* más finita y más cuestionable, y a nosotros mismos nos convierte, en *nuestro* mundo, en vagabundos sin patria, porque esa infinitud nos arrastra a la grandiosidad de un deseo que nosotros mismos no podemos satisfacer jamás, que Él tampoco parece querer llenar.

La humanidad occidental de hoy, más que la de otras épocas, da la impresión de que tiene que madurar expiando, en el purgatorio de este alejamiento de Dios. Si en el destino de cada uno se dan, junto al afortunado día de la proximidad de Dios, las noches del



Reflexiones Católicas.

sentido y del espíritu, en las que la infinitud del Dios viviente se aproxima a los hombres por el hecho de que aparece más lejano y menos alcanzable, ¿por qué no se experimentará lo mismo en los pueblos y continentes, de manera que sea la santa liberación de todos? Que ello fuera culpa de una época, que se confinó en este estado, no es una prueba contra el hecho de que este estado pudiera ser una feliz culpa. El ateísmo teórico y práctico de muchos sería, desde este punto de vista, sólo la falsa reacción, por impaciente y temeraria, contra semejante proceso; sería reaccionario en sentido auténtico: se limitaría a la vivencia infantil de la proximidad de Dios como exigencia y condición de adoración; cuando no se da ya esa vivencia, no se puede contar para con Dios, no hay Dios. El ateísmo de nuestros días sería entonces el terco cerrarse al madurar para Dios en el purgatorio nocturno de un corazón atribulado, para un Dios que siempre es más grande de lo que se le pensado y amado el día anterior. Y, por fin, hay un alejamiento de Dios que se da lo mismo en los hombres piadosos que en los impíos, que desconcierta al espíritu y hace al corazón indeciblemente medroso. Los hombres piadosos no lo reconocen fácilmente porque piensan que algo así no puede sucederles (aunque el mismo Señor ha invocado: "Dios, ¿por qué me has desamparado?") y los otros, los no piadosos, sacan falsas consecuencias de los hechos reconocidos.

Si este alejamiento de Dios de un corazón atribulado, es la mayor amargura de la cuaresma de nuestra vida, es lógico que nos preguntemos cómo nos desenvolveremos y —lo que es lo mismo— cómo podemos celebrar hoy la cuaresma de la *Iglesia*. Pues cuando el amargo alejamiento de Dios se convierte en un culto a Dios, la cuaresma del mundo se transforma en la cuaresma de la Iglesia.

Lo *primero* que tenemos que hacer es esto: aceptar este alejamiento de Dios del corazón atribulado, y no huir de él con ocupaciones piadosas o mundanas, aceptarlo sin los narcóticos del mundo, del pecado y de la desesperación. ¿Cuál es el Dios que está alejado de ti en ese vacío del corazón? No el verdadero, no el Dios viviente; pues éste es el incomprensible, el innominado, para que pueda ser el Dios de tu corazón sin medida. Se ha alejado de ti un Dios que no existe; un Dios comprensible, un Dios de los pensamientos pequeños y de los sentimientos baratos y modestos del hombre, un Dios de la seguridad terrena, un Dios que cuida de que los niños no lloren y el amor de los hombres no desemboque en desengaño, un venerabilísimo... ídolo. Éste es el



Reflexiones Católicas.

que se ha alejado. Este alejamiento de Dios debe aceptarse. Desde luego, podemos afirmar lo que sigue: deja que la desesperación te quite aparentemente todas las cosas, deja que invada tu corazón de forma que, en apariencia, no quede ninguna salida más a la vida, a la plenitud, a la amplitud y a Dios. No desesperes en la desesperación: deja que te quite todo; en realidad, te será arrebatado sólo lo finito y lo vano, por muy fantástico y grandioso que haya sido y aunque seas tú mismo, tú mismo con tus ideales, tú mismo con los proyectos de tu vida, que estaban planeados tan sabia y exactamente, tú con tu imagen de Dios, por la que se asemeja a ti, en vez de parecerse al incomprendible. Déjate cerrar todas las salidas, serán cegadas sólo las salidas a la finitud y a los caminos verdaderamente sin salida. No te atemorices de la soledad y abandono de tu mazmorra interior, que da la impresión de estar tan muerta como una tumba. Si resistes, si no huyes ante la desesperación, y en la desesperación dudas de esos ídolos tuyos a los que llamabas Dios, y no dudas a la vez del Dios verdadero; si resistes —y esto es ya un milagro de la gracia—, entonces descubrirás de repente que tu celda o tumba se cierra sólo a la vana finitud, que su vacío mortal es sólo la amplitud de una efusión de Dios, que el silencio está lleno con una palabra sin palabras, con aquel que está sobre todos los hombres, y es todo en todos. El silencio es su silencio. Te dice que está presente.

La *segunda* cosa que debes hacer en tu desesperación es la siguiente: caer en la cuenta de que Él está presente, saber por la fe que Él está junto a ti ; descubrir que Él te espera ya desde hace tiempo en el más profundo recinto de tu corazón atribulado, que ya desde hace tiempo Él aguarda calladamente a la escucha de si tú, en medio del atareado estrépito al que llamamos nuestra vida, le dejas tomar la palabra, una palabra que a los hombres que son como tú hasta ahora eras, les parece un silencio mortal. Tienes que sentir que no caes cuando cedes a la angustia que sientes por ti mismo y por tu vida; no caes cuando abandonas, no estás desesperado cuando desesperas de ti, de tu sabiduría y de tu fuerza, y de la falsa imagen de Dios que te será arrebatada. Como por un milagro, que cada día tiene que acontecer de nuevo, descubrirás que estás junto a Él. Vas a sentir de repente que tu alejamiento de Dios, en verdad, es sólo el desaparecer del mundo ante el amanecer de Dios en tu alma, que las tinieblas no son sino luminosidad sin sombra alguna, que tu impresión de carecer de salida es sólo la inconmensurabilidad de Dios y para llegar a Él no se necesita camino alguno, porque Él está presente. Caerás en la



Reflexiones Católicas.

cuenta de que no debes procurar, por tus propias fuerzas, huir de tu corazón vacío, porque Él está presente y no hay ninguna razón para huir de esa bendita desesperación y llegar a un consuelo que no sería consuelo alguno, ni existiría de verdad. Él está presente. No pretendas retenerle. No huye. No pretendas cerciorarte y tocarle con las manos de tu corazón ansioso. Abrazarías el vacío, no porque Él sea lejano e irreal, sino porque es la infinitud misma, que no puede ser aprehendida. Él está presente en medio de tu corazón atribulado. Él solo. Él, que es todo y por eso aparece así, como si fuera nada. Entonces llega por sí misma la calma que es la más intensa actividad, el silencio que está lleno con la palabra de Dios, la confianza, que ya no teme, la seguridad que ya no necesita garantía alguna y la fuerza que es poderosa en la impotencia: la vida, en conclusión, que nace con la muerte. Entonces nada hay en nosotros sino Él, y la fe, casi imperceptible y que, sin embargo, todo lo llena, de que Él existe y está presente, y de que nosotros existimos.

Sin embargo, todavía queda una cosa por decir: esa lejanía de Dios no sería el amanecer de Dios en medio de corazones muertos y atribulados, si el Hijo del hombre, que es el Hijo del Padre, no la hubiera padecido y realizado precisamente en su corazón, con nosotros, para nosotros y ante nosotros. Pero ha sufrido y ha pasado por todo esto. Y todo ello ha acontecido en el jardín de cuyos frutos los hombres querían cosechar el bálsamo de la alegría, el cual, sin embargo, en realidad era el jardín del paraíso perdido. Yacía echado sobre su rostro; la muerte había penetrado en su corazón viviente, en el corazón del mundo. El cielo estaba cerrado y el mundo era como una enorme tumba; él solo dentro de ella, sepultado por la culpa y la falta de esperanza del mundo. El ángel, que parecía la muerte, le ofreció como refuerzo, al entrar en agonía, el cáliz de todas las amarguras. La tierra tragó alevosa e insaciable las gotas de sangre de su angustia mortal. Dios ensombreció todo como una noche que ya no promete día alguno. No se le podía distinguir de la muerte. En este inconmensurable silencio de muerte —los hombres duermen sordos por la tristeza—, en este silencio, único signo que había quedado de Dios, flotó de alguna manera la voz apagada del Hijo. Cada momento parecía que se ahogaba. Pero sucedió el gran milagro, la voz se mantuvo. El Hijo interpeló con esa voz imperceptible, como la de un muerto, al Dios temible: «Padre — dijo en su abandono—, hágase tu voluntad.» Y entregó con indecible ánimo su alma en las manos del Padre.



Reflexiones Católicas.

Desde entonces nuestra pobre alma está también en las manos de este Dios, de este Padre cuyo decreto de muerte se convirtió entonces en amor. Desde entonces, nuestra desesperación está salvada, el vacío de nuestro corazón ha llegado a ser plenitud, y la lejanía de Dios, patria. Si rezamos con el Hijo en la cansada oscuridad de nuestro corazón, repetimos la oración del huerto. No se levantará inmediatamente ninguna corriente de entusiasmo cuando sus palabras, de manera misteriosa, emerjan como nuestras en lo profundo de nuestro corazón. Pero su fuerza será suficiente. Alcanzará para cada día. Mientras a Dios le plazca. Y esto basta. Él sabe cuándo y dónde nuestro corazón estará bastante purificado —puede estarlo ya aquí sobre la tierra— para soportar la aparición cegadora de su felicidad, el pobre corazón que ahora, por la fe en Jesucristo, participa con Él de la noche, que para el creyente no es otra cosa que la cegadora oscuridad de la superabundante luz de Dios, la noche celestial, puesto que Dios sólo nacerá propiamente en nuestros corazones.

Todo esto no debe quedarse en un lirismo religioso de domingo. Se debe ejercitar en la carga y amargura diarias. Cuando comiences a obrar cotidianamente así, y a resistir y a beber voluntariamente el cáliz que contiene la pobreza, la necesidad y la lejanía de Dios, entonces comenzará para ti una cuaresma bendita. ¿Quieres intentarlo? Di al Dios de tu corazón: Dame tu gracia para conseguirlo.

7.-CONVERSIÓN AL AMOR

En el amor no existe temor; al contrario, el amor perfecto echa fuera el temor (1ª Juan 4,18)

Seguro que todos ya habéis oído la palabra "*conversión*". "Conversión" quiere decir: cambio de dirección, empezar de nuevo, entrar en otro camino mejor en la vida de un hombre. Entre los cristianos de todos los tiempos se ha reflexionado y se ha hablado mucho sobre esta palabra y sobre su significado. Por lo tanto, podría muy bien ser que alguien hubiera dicho, alguna vez, a alguno de vosotros: lo que tú propiamente necesitarías es que te convirtieras muy en serio. Bien, en verdad esto es lo que todos nosotros necesitamos, más que cualquier otra cosa, convertirnos, no sólo una vez, sino cada mañana, cada día de nuevo. Así lo ha dicho el reformador Martin Lutero: "Dios quiera



Reflexiones Católicas.

que la vida de un cristiano sea una penitencia diaria". Y penitencia quiere decir precisamente: cambio, conversión.

Si se entiende bien, en la frase de la carta de San Juan se habla también de esto. Todo lo que en ella se lee del amor y del temor desemboca en que debemos y estamos obligados a convertirnos. Pero está como escondido; podríamos decir que se halla entre líneas, y por esto no volveré a hablar de ello hasta el final. Detengámonos primero en lo que aparece a primera vista.

"En el amor no existe temor"

¡En el amor! Fijaos: Como si fuera un sitio, una casa, en la que uno pudiera estar, habitar, sentarse, estar de pie y caminar. A la Biblia también le gusta hablar así en otras ocasiones. No es raro leer que esto o esto otro ocurre o debería ocurrir en la fe, en el Espíritu, en el Señor, en Cristo. Y, con palabras distintas, se describe cada vez el mismo sitio, la misma casa, como aquí, cuando se dice: "en el amor".

Y es claro que esta casa tiene también un orden —sabéis muy bien lo que es esto—, y en este orden, la primera frase es: "en el amor no existe temor". Con otras palabras, el temor no ha de venir a buscar nada en esta casa. El temor no se encuentra aquí, está excluido. Uno pensaría en seguida en el letrero del tranvía: "Prohibido fumar", o en el que se encuentra en muchos solares en construcción: "Prohibida la entrada a personas ajenas a la obra". Pero aquí no se pronuncia sólo una prohibición. Aquí se dice simplemente: en el amor *no existe* temor. El amor —el amor perfecto— *echa fuera* el temor. Algo así como se echa afuera el aire enrarecido de una habitación, abriendo puertas y ventanas y estableciendo una buena corriente de aire. O, usando una hermosa comparación, como cuando en el teatro cesa el charlar de la gente al levantarse el telón, o en un concierto al comenzar la música. "En el amor no existe temor". Una buena frase ¿verdad?; un buen comienzo en el buen orden de una buena casa.

Pero si ahora queremos entenderla, hemos de examinarla un momento. ¿Qué queremos decir propiamente, cuando hablamos de amor, de lo que nosotros conocemos como amor, como amor humano? De esto habría mucho, muchísimo que decir. Ahora sólo voy a intentar dar a entender lo que en el *mejor* de los casos podría significar el amor humano que, en cierta manera, nos es



Reflexiones Católicas.

bien conocido. Podría ser muy bien una relación íntima y hermosa entre hombres, quizás en todo un grupo de hombres. Y podría ser que los hombres, en esta relación, ya no se sintieran más aleados, extraños, indiferentes o acaso molestos los unos para con los otros. Han aprendido tal vez a conocerse, hasta han llegado quizás a comprenderse. Y esto les sienta bien: tan bien, que no les es posible prescindir al uno del otro. Se buscan. Se desean. Les falta algo cuando están separados. Querrían estar juntos, estar el uno para el otro. No quieren cerrarse en sí mismos. Quieren ofrecerse el uno al otro. Descrito en un par de frases, esto podría ser, en el mejor de los casos, el amor humano que nosotros conocemos.

¿No es esto hermoso? Sí, hermoso de verdad, casi demasiado hermoso para ser verdad. Pues en la vida real, ¿no es verdad?, aun en el mejor de los casos, nos encontramos sólo con un poquito de este amor, de vez en cuando, en momentos felices, pero básicamente, muy pocas veces, y está muy lejos de parecerse a lo que con toda evidencia debería suceder y debería ser. Algo así como cuando uno, en una mala fotografía, sólo con mucha atención puede reconocerse a sí mismo o a los demás.

Y ¿no podría ser que uno u otro de entre vosotros, realmente triste y algo encolerizado objetase: en mi vida no existe en absoluto esto de lo que tú estás hablando? Nadie me quiere, y tampoco quiero yo a nadie, y me callo la manera de cómo podría explicarlo. Me siento solo, completamente solo, solo como una piedra en un mundo sin amor, en el que los hombres están lejos los unos de los otros y se sienten extraños, y prescinden los unos de los otros, y viven los unos contra los otros.

Y una cosa puede afirmarse con toda seguridad: el amor del que hablamos y que nosotros conocemos *no* echa fuera el temor. En la casa de este nuestro amor humano, hasta en el mejor de los casos, hay mucho temor: temor de los desengaños que, a pesar de todo, podría uno sufrir de parte de los demás, temor de perder a los demás. Temor del propio pasado y del propio futuro, que se proyectan sobre nuestras vidas como dos grandes sombras. Temor de la gente. Temor de sí mismo. Temor del destino. Temor de la muerte, y también temor del diablo. En la casa del amor humano, en el mejor de los casos, vive también el temor bajo muchas formas. Sin embargo, puede ser aún una casa realmente hermosa, o una casita con su huerto, hermosa de verdad. Pero,



Reflexiones Católicas.

por desgracia, seguro que *no* es la casa que posea lo básico del orden doméstico: en el amor no existe temor.

El amor perfecto echa fuera el temor

Permitidme decir algo ahora de una casa totalmente diferente, o sea, de un amor totalmente diferente, del "*amor perfecto*", que no es un amor pasajero, sino el amor total y que permanece siempre y, sobre todo, el amor, en el que no hay temor alguno. Hasta los que de entre vosotros están tristes deben escuchar ahora: hasta aquellos que se creen no saber nada de una casa o una casita hermosa del amor humano.

El amor perfecto es también una relación perfecta. Pero la expresión "relación" es demasiado débil para describirlo. Es un *pacto* y, por esto, desde el principio, una cosa firme, clara y ordenada. Un pacto, a diferencia de una simple relación, es algo en lo que uno puede y le es dado abandonarse a ieste pacto! Y ¿quién se ha unido en este pacto? De una parte, Dios: él, el Señor y Creador, libre, altísimo; sin él, nadie ni nada puede existir y subsistir. Él, Dios, funda y mantiene este pacto. Y de la otra parte —para un pacto son necesarios dos— *nosotros*, tú y yo, todos nosotros.

¿Cómo es posible que Dios venga a querer, a fundar, a establecer y a mantener un pacto entre él y nosotros? ¿Quizás porque somos tan fuertes, tan distinguidos y tan buenos?... No, nosotros no somos nada de eso. ¿Tal vez porque tuviera necesidad de nosotros para utilizarnos de cara a algún proyecto conjunto? No, Dios no sería Dios, si tuviera necesidad de nosotros. ¿O porque hubiéramos actuado bien, o al menos hubiéramos opinado tan bien, hasta el punto de merecer estar unidos con Dios en un pacto? No viene al caso: nosotros no merecemos esto en absoluto.

La verdad es que Dios ha fundado y concluido este pacto, y lo mantiene, sólo por la libre bondad y la libre voluntad de su misericordia omnipotente. Él lo hace por nada, "gratis", como acostumbramos a decir. El nos hace un regalo de esto que es incomprensible, de esto que nosotros no hemos buscado ni merecido. "*Por esto existe el amor: no porque amáramos nosotros a Dios, sino porque él nos amó a nosotros*" (1 Jn 4, 10). Y "*tanto amó Dios al mundo -inosotros!que dio a su Hilo único*" (Jn 3, 16). "El Hijo de Dios" es Dios mismo, a saber, Dios, que no



Reflexiones Católicas.

quiere estar solo, aislado, encerrado en sí mismo, allá en un lugar elevado y eterno, y que, por lo tanto, tampoco quiso dejarnos solos a nosotros, sino que vino a nosotros y estuvo junto a nosotros y con nosotros, haciéndose semejante a nosotros, nuestro prójimo, nuestro hermano, haciéndose él mismo hombre: el niño en el pesebre, en Belén, y el hombre crucificado en el Gólgota. Este Dios es el amor acabado. En éste su amor acabado, Dios nos conoce. En él nos desea, nos busca y nos encuentra. En él, es Él el nuestro, y en él, somos nosotros los suyos. *"Aquel que no perdonó a su propio Hijo, ¿cómo no nos ha de dar con él todas las cosas?"* (Rom 8, 32).

En esta casa del amor perfecto no existe ningún temor. Éste echa fuera el temor. Precisamente Dios nos ama, y en su Hijo se ha dado a sí mismo, para que nunca más temiéramos, para que no tuviéramos ocasión y motivo alguno de temor. En cuanto Dios nos ha amado y nos ama, en cuanto entregó a su Hijo por nosotros, ha sido dejado de lado todo motivo de temor, quitado, borrado, destruido y reducido a la nada. ¿Qué podríais temer? ¿Éste o aquel hombre de quien tienes la impresión que no piensa bien de ti, que ya te ha dirigido tal vez malas palabras, y de quien esperas que pudiera querer hacerte daño? Pero ¿por qué le tienes miedo?, ¿qué puede hacer contra Dios? Y si no puede hacer nada contra Dios, ¿qué puede hacer contra ti? Él no será de verdad ningún motivo para que abrigues temor. O ¿temes que un hombre al que amas, que te es indispensable, pudiera abandonarte, que de una manera u otra pudieras perderlo? Con toda seguridad, Dios no puede perder a este hombre tan valioso para ti. Y como él no lo pierde, tampoco te pierde ni te perderá a ti. O ¿te da miedo tu pasado, tu futuro, tu muerte? Mira, con tu pasado, con tu futuro y en tu muerte, tú eres el hombre a quien Dios ama, y lo serás también más allá de tu muerte. ¿Qué has de temer tú en todo esto, estando Dios contigo y por ti, siendo tu aliado? O tú te tienes miedo —y éste podría ser el motivo más fuerte para temer—, miedo de tu propia debilidad, o tal vez, de tu propia maldad, de las tentaciones que pudieran ser demasiado fuertes para ti. Tienes miedo de las caídas e ideas diabólicas que pudieran pasar por tu cabeza. Este motivo tampoco cuenta, porque Dios, el Dios que está de tu parte, es más grande que tu corazón (cf. 1 Jn 3, 20) y que tu cabeza, y porque esto es así, puedes y debes atreverte tranquilamente a hacer cara, con un poco de valentía y confianza, a lo malo que pudiera surgir de ti mismo y amenazarte. Tampoco puede existir un motivo para temer, ni un permiso o una orden. O ¿deberías temer al diablo?



Reflexiones Católicas.

De hecho, tienen miedo al diablo muchos más hombres de lo que se piensa. Pero precisamente el Hijo de Dios ha aparecido para destruir las obras del diablo (cf. 1 Jn 3, 8). Él las ha destruido, y ahora nosotros queremos y debemos confiadamente dejarlas destruidas.

¿Podrían darse otros motivos para temer? Ciertamente, muchos aún, pero ninguno que tenga lugar y pueda aguantarse en la casa del amor perfecto. Y por lo tanto no existe ningún temor para temer a algo o a alguien, que no haya sido echado fuera por el amor, el amor perfecto. Así es.

Conversión al amor perfecto

Sí, quizás alguno de vosotros piense ahora: todo esto es muy bonito y está muy bien escucharlo. Pero ¿quién se encuentra dentro de esta casa del amor perfecto? ¿tal vez yo? ¡Yo, seguro que no! Así que puedes decir: "Así es". Pues a pesar de todo, yo tengo miedo, de este, de aquel, y esto, día y noche. Y del hecho de que tengo miedo, he de concluir que yo no estoy en esta casa, sino que me encuentro en alguna parte, fuera, en la calle, donde continuamente he de estar mirando a la derecha y a la izquierda, porque alguna cosa viene haciendo ruido y podría atropellarme. ¡Alto, amigo!, así piensa y habla un hombre que no se ha convertido. De nuevo y con mayor razón el hombre no convertido sigue pensando: podría ser realmente hermoso vivir en esta casa. ¿Cómo podría entrar? ¿Qué arte, qué esfuerzo será el mejor medio para trasladarme al lugar donde no tendré miedo nunca más? No se trata de que de una manera u otra, por nosotros mismos, entremos a empujones en la casa del amor perfecto, sino que de lo que se trata es de que este amor perfecto ha venido a nosotros. Se trata del Salvador que ha aparecido por nosotros y está ahí. Se trata de la casa que Dios ha edificado en el cielo para todos los hombres de toda nuestra pobre tierra, y en la que por lo tanto estamos nosotros incluidos, y que nos envuelve de tal manera que ninguno de nosotros puede estar en otra parte sino precisamente ahí, en esta casa, en el reino del amor acabado.

¿Sabéis lo que nos falta? Lo que nos falta es que nosotros no sabemos —y por esto el hombre no convertido piensa, habla, obra y vive así— en dónde estamos, de que realmente ya estamos adentro. Pero no nos damos cuenta porque dormimos y, mientras dormimos, soñamos, y soñando, nos equivocamos. Y el error de



Reflexiones Católicas.

nuestro sueño es que nos creemos estar en otra parte: precisamente fuera, sin Dios en el mundo (cf. Ef 2, 12) y, por lo tanto, allí donde hemos de temer toda clase de peligros que nos amenazan, mientras que en el lugar donde realmente nos encontramos, no se da ninguna ocasión y ningún motivo para el temor.

Por lo tanto, ¿qué quiere decir *conversión*, cambio de dirección, empezar de nuevo, seguir adelante por otro camino mejor? Quiere decir claramente despertarnos de nuestro mal sueño. Convertirse significa: abrir los ojos, como cuando los abrimos por vez primera después de nacer, siendo aún bebés, y luego descubríamos, como en un segundo y nuevo nacimiento, dónde estábamos. Convertirse significa precisamente esto: descubrir que de verdad no estamos fuera, sino que estamos en el amor perfecto, en el que no existe ningún motivo para el temor: que estamos envueltos y rodeados por él, instalados en él como en nuestra verdadera casa paterna.

Esto sucede, cuando el Espíritu santo sugiere en el corazón de un hombre este descubrimiento, este nuevo nacimiento, esta conversión, y con ella, este fin de todo temor. Porque esto dice el Espíritu santo en el interior de nuestros corazones: "*Despierta tú que duermes, levántate de la muerte, y te iluminará Cristo*" (Ef 5, 14). Y todavía: "*No temas, que te he redimido, te he llamado por tu nombre, tú eres mío*" (Is 43, 1). Hermanos y hermanas, Dios nos da la gracia para que esto ocurra así. Él nos hace el obsequio de esto a ti y a mí, a todos nosotros, ya hoy, y mañana de nuevo. Amén.

8.- CUARESMA DEL AMOR

El ser humano está creado por y para el AMOR. ¿Y qué mayor amor, que el de Cristo por nosotros y para nosotros, que entregó su vida por toda la humanidad hasta su muerte y resurrección?...

La cuaresma es en sí un tiempo de reflexión y de arrepentimiento, según la liturgia, pero para mí es, sobre todo, tiempo de Amor, manifestado en el perdón, en el compromiso, en la gratitud y correspondencia a Dios.

Todos los días son buenos para pararse a pensar en el sentido de la vida, en cómo se vive y cómo se gasta. Pero hay momentos puntuales, como la cuaresma, en los que podemos percatarnos



Reflexiones Católicas.

mejor del gran Amor de Dios por nosotros y por todas sus criaturas.

Cuando me paro a pensar detenidamente en lo que Jesús vivió, sufrió y experimentó por mí el Jueves, Viernes y Sábado Santo, un azote recorre mi cuerpo y mi alma. Nadie en esta vida lo ha dado todo, y tanto, por mí como lo hizo Jesús. Es el Amor supremo que se me pueden ofrecer. Es la entrega total del Hombre-Dios, en la cruz, por mí. Jesús no escatima ningún esfuerzo, y lucha titánicamente. Bebe hasta el fondo la copa del sufrimiento y del abandono por mí, y con ello logra que cada día pueda yo llamar a Dios: PADRE. Sí, Padre mío, y Padre nuestro. Es el Amor con toda su grandeza y pureza. Es el Amor de la donación total, sin esperar nada. Jesús sólo quiso ganar para los hombres un sitio al lado del Dios Mayor, de Dios Padre.

Muchas veces los hombres buscamos el amor en la tierra, y no siempre encontramos quien nos corresponda. Hay fallos y debilidades en el amor humano y, sin embargo, nos afanamos y luchamos por él. Y, pudiendo disfrutar gratis del AMOR, con mayúsculas, ¿cómo no lo valoramos y apreciamos debidamente?...

El Amor de Dios no falla nunca y nos espera siempre; nos disculpa, nos comprende y nos ama en todo momento. Es el AMOR ABSOLUTO. Por eso, a la hora de su despedida, el Jueves Santo, nos deja en la Eucaristía su Cuerpo y su Sangre, como máxima expresión de su deseo de estar junto a nosotros. Además nos infunde su propio Espíritu para poder sentir, pensar y obrar como Él.

Pero ese Jesús-Amor, al final, se quedará solo y abandonado, incomprendido y burlado por los hombres. Por mucho que yo haga, por mucho que los hombres le correspondan, nunca nos acercaremos lo suficiente al Amor que Jesús nos profesa. Muchas veces fallamos; muchas veces pecamos contra Él y contra sus hijos, nuestros hermanos. Mis caídas y mis egoísmos me arrastran. Y me siento mal, porque soy egoísta e injusta, no correspondiendo al Amor con que Dios me ama y ama a mis hermanos, a mis prójimos. Muchos días recorro el camino de la vida pensando sólo en poseer, en mandar, en sobresalir, en disfrutar más y más, y no me acuerdo de los marginados, ni de los pobres, ni de los débiles, ni de los oprimidos y de los que no tienen a nadie que les prodigue un poco de compañía o una



Reflexiones Católicas.

sencilla ayuda. En suma, me olvido del Amor de Dios, de su mensaje y del mandamiento que nos dejó como distintivo de sus seguidores: "Amaos unos a otros, como yo os he amado".

Desde el prisma del AMOR se entiende mejor que la cuaresma ha de ser un tiempo especial de reconciliación y de perdón. De reconciliación con Dios, movidos por el amor, y no por el miedo; y de reconciliación con los hombres porque, gracias al amor, entendemos mejor que todos nos ofendemos unos a otros continuamente, y que todos tenemos nuestros fallos y debilidades, por los que necesitamos de comprensión y de perdón unos a otros.

Mas el perdón que Dios me otorga, acto supremo de Amor, ha de ser correspondido. Si, cuando un amigo nos hace un gran favor, no sabemos cómo corresponderle, y todo nos parece poco, ¿cuánta mayor correspondencia hemos de expresarle a Jesús, nuestro Amigo número uno?... La vida, si no es vivida y gastada por Amor y para el Amor, que Dios nos tiene y que debemos a nuestros hermanos, no tiene sentido. La vida sin donación y sin compromiso es vacía y no nos produce felicidad. La felicidad y la paz sólo llegan a nuestro cuando hacemos el bien a los demás, cuando amamos, cuando nos comprometemos, cuando nos damos a Dios y a los demás. Sólo así seremos capaces de reconocer a Dios en la tierra a través de nuestros prójimos, a través de lo que hagamos por ellos. Tenemos que luchar por la justicia, por la igualdad entre todos. Hemos de trabajar por instaurar en este mundo una humanidad fraterna. Y para ello hemos de morir todos un poco cada día a nuestros egoísmos y amor propio.

Por eso la cuaresma es un tiempo singular en el que Dios manifiesta su Amor supremo por mí, y en el que yo debo reorientar toda mi vida por el Amor y para el Amor. La austeridad, la penitencia y demás ejercicios cuaresmales no tienen otro sentido: ayudarme a vivir mejor el amor.

9.-LA CUARESMA Y LOS INMIGRANTES

El primer domingo de Cuaresma pedimos a Dios que nos conceda "avanzar en el conocimiento del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud" (*Oración colecta*). Esa parece ser, pues, la finalidad del período de cuarenta días inaugurado el Miércoles de ceniza y que nos ha de conducir hasta la gran fiesta de la Pascua.



Reflexiones Católicas.

En el lenguaje litúrgico y en el tradicional de este período hay conceptos que se repiten con frecuencia: austeridad, dominio de las pasiones, ayuno, oración, penitencia, alabanza divina y amor fraterno, privaciones voluntarias, dominio del afán de suficiencia, elevación del espíritu, corazón contrito y humillado, limosna.

El tiempo de la Cuaresma es denominado tiempo de gracia, camino de un nuevo éxodo a través del desierto cuaresmal; en alguno de los prefacios reconocemos que Dios, con nuestras privaciones voluntarias, nos enseña a repartir nuestros bienes con los necesitados, imitando así su generosidad; y que conduce al Pueblo de Dios a que reavive su vocación de pueblo de la alianza.

Todo esto forma el contexto litúrgico y espiritual en el que, un año más, damos inicio a nuestra preparación para la Pascua.

Los cristianos, la cuaresma y los inmigrantes

Y comienza la Cuaresma de 2001 en circunstancias muy especiales de nuestra sociedad. En efecto, la presencia de inmigrantes extranjeros en nuestro país, procedentes de los países pobres de la Tierra, se ha convertido en un fenómeno puesto tristemente de actualidad por diversos recientes acontecimientos: el terrible accidente de Lorca, que costó la vida a casi una veintena de ellos; la entrada en vigor de la reforma de la llamada ley de extranjería (que incluye diversos preceptos de cuya constitucionalidad dudan personas, instituciones, organizaciones no gubernamentales y grupos políticos) y, consecuentemente, el empeoramiento de las condiciones de vida de varios cientos de miles de personas que no tienen en regla sus papeles; el subsiguiente encierro de varios centenares de personas inmigrantes en diversas iglesias de Barcelona, Madrid, Valencia y otras ciudades en demanda de la regularización de su situación legal; la solicitud de casi veinticinco mil ecuatorianos de acogerse a las medidas previstas por el Gobierno para ellos, que incluyen el regreso a su país y su hipotética vuelta con un contrato de trabajo con todas las garantías ¿en un intento gubernamental de deportación masiva, pues cualquier persona sensata sabe que la mayoría de ellos no tendrá dinero para pagarse el billete de regreso a España, una vez que han vendido todo lo poco que tenían para pagar el primero que les hizo llegar hasta aquí?; la constatación de las condiciones miserables en las que se desenvuelve la vida de millares de personas venidas de África subsahariana, América Latina, Asia, países del Magreb e



Reflexiones Católicas.

incluso el Este de Europa (trabajo sin contrato con sueldos de miseria, explotación laboral y social, hacinamiento, prostitución obligada, discriminación, aislamiento, segregación racial^{1/4}) en busca de un mejor horizonte de vida para sí y sus familias; y otras circunstancias significativas. Todo ello dibuja un panorama social que no puede dejar indiferente a ningún cristiano (ni, por ende, a ninguna persona de buena voluntad).

Desafortunadamente, ha habido en las últimas semanas algunos incidentes que muestran la hostilidad y la animadversión de una parte de la población de ciudadanía española (en la que, sin duda, está incluida también una parte del pueblo católico) hacia los inmigrantes, no hacia los extranjeros en general, en principio, sino hacia los extranjeros pobres: no olvidemos este detalle. Y, alimentados de manera interesada durante los últimos meses por fuentes gubernamentales y altos representantes de la Administración del Estado para justificar su propia postura ante el asunto, se han difundido entre la población temores y sentimientos negativos ante ellos.

Frente a eso, cabe preguntarse: ¿qué sucede en nuestra sociedad? ¿Y en nuestra Iglesia? ¿Qué nos sucede a nosotros mismos? ¿Por qué tenemos miedo a quien es diferente, a quien no tiene nuestro mismo color de piel, ni nuestros rasgos; a quien habla una lengua distinta, tiene costumbres, modos y hábitos diferentes; no comparte nuestra religión ni nuestra cultura; procede de lejanos países que no conocemos y se muestra diverso en su forma de organización social y familiar? Los inmigrantes, ¿tan distintos son? ¿Tan diferentes los sentimos?

Cabe aquí citar, para hacer de él una aplicación actualizada, un fragmento del célebre sermón del dominico fray Antonio de Montesinos dirigido a los españoles que, en la isla de La Española, maltrataban y sometían a esclavitud a los indios naturales del país: "Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? (^{1/4}) ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?" (*Sermón de 21 de diciembre de 1511*).

La persona inmigrante, y más aún la considerada "ilegal" por las instancias gubernativas, es para el cristiano el hermano pobre y desamparado, ante el cual le pedimos al Señor, en una de las



Reflexiones Católicas.

plegarias eucarísticas utilizadas (no mucho, la verdad, a lo que parece) en nuestras celebraciones de la Misa, que nos conceda tener entrañas de misericordia y ofrecer el gesto y la palabra oportuna, así como mostrarnos disponibles ante él, que se siente explotado y deprimido (*Plegaria eucarística V/b*).

Cuando miramos al inmigrante surge con toda potencia la pregunta que Dios mismo nos dirige: "¿Qué has hecho de tu hermano?" (cf. *Gén 4, 9*). "La respuesta no hay que darla dentro de los límites impuestos por la ley, sino según el estilo de la solidaridad", en palabras de Juan Pablo II (*Mensaje para la Jornada mundial del emigrante 1995*, n. 5). Además, "la Iglesia, como el buen samaritano, siente el deber de estar al lado del clandestino y del refugiado, imagen contemporánea del viajero asaltado, golpeado y abandonado al borde del camino de Jericó (cf. *Lc 10, 30*) (*Mensaje para la Jornada mundial del emigrante 1996-97*, n. 2). Porque "la condición de irregularidad legal no permite menoscabar la dignidad del emigrante, el cual tiene derechos inalienables, que no pueden violarse ni desconocerse. (¼) La Iglesia es el lugar donde también los inmigrante ilegales son reconocidos y acogidos como hermanos. (¼) «Era forastero y me acogisteis» [*Mt 25, 35*]. (¼) Hoy el inmigrante irregular se nos presenta como ese *forastero* en quien Jesús pide ser reconocido. Acogerlo y ser solidario con él es un deber de hospitalidad y fidelidad a la propia identidad de cristianos" (*Mensaje para la Jornada mundial del emigrante 1995*, nn. 5 y 6).

La Pascua de toda la humanidad

Así, pues, nos preparamos durante la Cuaresma para poder celebrar dignamente la fiesta de la Pascua, una fiesta de universalidad, de apertura, de cosmovisión, de triunfo de la humanidad, de gozo compartido sin fronteras ni barreras. El triunfo de Cristo sobre el pecado, el dolor y la muerte es una buena noticia para todos los hombres y mujeres del mundo en cada momento de la historia. ¿Seremos capaces de vivirlo y de compartirlo con un corazón ensanchado, en el que quepan sin reticencias todos nuestros hermanos y hermanas venidos de lejos con el afán de compartir la vida con nosotros? ¿podremos superar la tentación de refugiarnos en nuestras pobres seguridades de aldea, para abrirnos a una perspectiva universal? ¿Nos comportaremos de tal modo que quienes no conocen aún a Jesucristo puedan preguntarse por él, por su vida, sus palabras y sus gestos, y así estén más cerca de la plenitud de la vida



Reflexiones Católicas.

crisiana? ¿Viviremos, en definitiva, esta Cuaresma de 2001 como un auténtico tiempo de gracia y de salvación, que únicamente lo será de verdad si estos dones son compartidos por nosotros con nuestros hermanos y hermanas inmigrantes? ¿Podremos, entonces, alcanzar el gozo de sabernos también nosotros resucitados a una vida nueva, hecha de fraternidad, de solidaridad y amor compartido, dimanante de la fuerza de Jesucristo resucitado?